

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Enigma

Muchos sueños son verdaderamente fantásticos, increíbles. Por ejemplo, ¿qué otra cosa sino un sueño puede ser encontrarse con Tasuntka Whitko (Caballo Loco) y el general George Armstrong Custer, ambos en carne y hueso, como si no hubieran pasado más de cien años desde la batalla de Little Big Horn y todavía existiera el 7.º de Caballería? Y no digamos encontrarme frente a frente con Fritz Bierrenbach, mi padre, que durante tantísimo tiempo estuve buscándolo con la ayuda de la CIA, sin conseguir jamás pista alguna sobre su vida y su muerte& Pues bien, luego resulta que yo no he estado soñando, sino que todo ha sido real. ¿Cómo puede explicarse semejante Enigma?



Lou Carrigan

Enigma

Brigitte en acción - 331

ePub r1.1
Titivillus 20.10.2017

Lou Carrigan, 1982
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

—O sea —dijo Miky Grogan—, que te lo pasaste estupendamente en San Nataniel.

—Psé —desdeñó Frank Minello—… ¡Regular nada más!

Brigitte Montfort, que, como el propio Minello, estaba en el despacho de Miky Grogan, director del Morning News, diario neoyorquino en el que ambos trabajaban, miró entre sorprendida e irritada a su amigo del alma.

—¿Cómo que regular nada más? —refunfuñó—. ¡Vamos, Frankie, sé que lo pasaste estupendamente!

—Psé, psé —hizo Minello.

—¿En qué quedamos? —preguntó Grogan, mirando de Brigitte a Minello y viceversa—. ¿Lo pasó bien o no lo pasó bien este tonto de capirote en San Nataniel?

—¡Lo pasó divinamente! —aseguró Brigitte—. Después que los dos terminamos el trabajo que nos había movilizado[1], estuvimos algunos días en esa preciosa isla del Caribe, luego fuimos a despedirnos de Nataniel, volvimos en avión en un viaje muy agradable… ¡Y en San Nataniel, precisamente, lo pasó bomba, como él dice! Recorrimos la isla, comimos los platos típicos, nadamos en playas solitarias y encantadoras, cenamos en restaurantes exóticos, bailábamos casi todas las noches… ¡Incluso le di algún que otro beso!

Grogan, que tenía los ojos muy abiertos, consiguió reaccionar.

—¡Caramba! ¡A eso lo llamo yo pasarlo maravillosamente!

—¡Pues así lo pasamos! —aseguró Brigitte.

—Entonces, decidida y definitivamente, Frankie es tonto.

—Aquí no hay más tonto que su culo —dijo Frankie, mirando torvamente a Grogan—. ¿Se entera? ¡Yo no tengo ni un pelo de tonto!

—Pues entonces, no entiendo cómo dices «psé» al programa que

me ha explicado Brigitte —adujo Grogan—. ¡Y no me digas que ella está mintiendo!

—¡Zambomba, claro que no miente! Aunque no sería de extrañar, porque todos sabemos que los espías mienten, y Brigitte es la espía más espía de todas las espías que espían en el mundo del espionaje que dirigen los espías que aprendieron a espiar…

—¡Oh, Dios mío! —gimió Brigitte—. ¡Ya me duele la cabeza!

—¿He dicho algo que te moleste, Vida de mi Vida? —Pareció a punto de sollozar Minello.

—Frankie —le apuntó Grogan con un dedo—: ya sabemos que Brigitte es la agente «Baby», la espía mágica de la CIA, la más inteligente, hermosa y audaz del mundo…

—¡Así se habla! —jaleó Minello—. ¡Viva su madre!

—¿Cuál madre? —Gruñó Grogan—. Porque no me gustan las bromas a costa de mi madre, que falleció hace un montón de años.

—Pues la de… la de… Bueno…

Se quedaron mirándolo. Cierto: a sus sesenta y tantos años, Miky Grogan hacía ya bastantes que había perdido a su madre. Pero todavía hacía más años que Brigitte Bierrenbach Montfort perdiera la suya, cuando, siendo ella una niña de meses apenas, los alemanes fusilaron a Giselle Montfort, patriota francesa, en la prisión de Cherche Midi en París…

—¿Y bien? —murmuró Brigitte—. ¿Cuál madre, Frankie?

—La mía —masculló Frankie.

—Pero tú también eres huérfano… ¿O no?

—Oh, sí, es cierto. Así que no puedo decir ¡viva mi madre! Bueno, lo que quería decir…

—Un momento, un momento —cortó la divina espía—… Estabas hablando de que lo pasaste «psé» en San Nataniel. Ese «psé» significa que lo pasaste… pues eso, regular, como tú has dicho. ¿Debo entender que aquellos días en mi compañía no te parecieron agradables?

—¡Zambomba, yo no he dicho eso!

—¿Qué has dicho entonces? ¿O qué has querido decir?

—Pues he querido decir que lo habría pasado mejor si nos hubiésemos casado y hubiéramos pasado allí la luna de miel. ¡Exactamente eso he querido decir! Y además, todavía otra cosa.

—¿Qué cosa?

—No me gustó nada de nada ayudar al presidente Carter. Y lo cierto es que le ayudamos, ¿no?

—En cierto modo —asintió Brigitte—, ya que también se sospechaba de él como posible manipulador del Canal URSSA. Sí, seguramente, tú y yo evitamos no pocos conflictos en el interior de la Casa Blanca, Frankie. A propósito, no sé si te he dicho ya que hiciste un magnífico trabajo.

—Pues no, señorita, ¡no me lo habías dicho! ¡Y ya era hora de que elogiaras mi labor! ¡A fin de cuentas, me jugué la vida!

—Bueno, no tanto —rió Brigitte—. De acuerdo a mis previsiones…

—¡Tus previsiones! Y si aquellos rusos se hubieran cabreado en serio conmigo, ¿qué? ¡Me habrían eliminado!

—Es posible —tuvo que admitir Brigitte—. Pero lo cierto es que te lo pasaste fenómeno con la bellísima Tatiana Kolesnikov, la espía rusa… que volvió al frío de Moscú. ¡Y no nos vengas ahora con la tontería de que sólo fuisteis a nadar!

—Hombre, no —sonrió Minello—… ¡Tampoco soy tan tonto!

—O sea —apuntó Grogan—, que tú y la rusa… ¿Eh? Vaya, que le disteis gusto al cuerpo… ¿Eh, eh, eh?

—Estábamos hablando del presidente Carter, ¿no es así? —masculló Minello.

—¡Efectivamente! —rió de nuevo Brigitte—. Y has dicho que no te gustó nada ayudarle. Yo pregunto: ¿por qué?

—Pues porque el amigo Jimmy me cae gordo… ¡Que me cae muy mal, vamos!

—Eso tiene fácil remedio —dijo Grogan—: no lo votes en las próximas elecciones.

—¿Y qué ganaría con ello?

—Demonios, vaya pregunta —refunfuñó Grogan, pegando un mordisco a su grueso cigarro—… ¡Quizás hubiera otros cuantos millones como tú, y el señor Carter no saldría elegido!

—Pero saldría otro.

—Naturalmente.

—Eso es lo que me fastidia.

—¿Te fastidia que Estados Unidos tenga presidente?

—Exacto.

—Estás como una cabra —gruñó ahora Grogan.

Brigitte, que estaba mirando a Minello con los párpados entornados, preguntó:

—¿Por qué te molesta que tengamos presidente, Frankie?

—¡Ésa es la pregunta clave! —exclamó Minello.

—Pues ya está formulada —sonrió la periodista-espía—… ¿Por qué te molesta?

—Pues, me molesta tener presidente porque sea el que sea el que esté en el sillón, consiente, promueve y autoriza la fabricación de armamento, tanto para «consumo» nacional como para su venta en el extranjero. ¡Y comerciar con armas es inhumano!

—Anda, con lo que nos sale éste ahora —se pasmó Grogan.

—Pero tiene razón —puntualizó Brigitte—. Pese a que buena parte de la prosperidad de Estados Unidos está cimentada en ese… negocio, Frankie tiene razón. De todos modos, vender armas al extranjero no tiene demasiada importancia.

Minello se quedó mirando estupefacto y a la vez aterrado a su admiradísima y querida Brigitte.

—¡¿Cómo que no tiene demasiada importancia?! —exclamó—. ¡Si no se vendiesen armas, se evitarían muchas atrocidades!

—Es cierto —Brigitte se miró sus uñitas, siempre tan impecable, elegante y discretamente manicuradas—… Pero sigue sin tener importancia.

—¡No puedo creer que seas tú quien hable así!

—Pues ya ves —sonrió angelicalmente Brigitte.

A su vez, Frankie se quedó mirándola astutamente. Había entre ellos como una especie de onda secreta de comunicación que Miky Grogan todavía no había conseguido captar. Se conocían tan bien, que por fin, Minello preguntó:

—¿Por qué no tiene importancia?

—Ésa es la pregunta clave, Frankie. Y te la voy a contestar a mi manera y según mi entendimiento. Claro que puedo equivocarme, pero…

—¡Dilo de una vez!

—Muy bien. Verás, vender armas convencionales al extranjero no tiene demasiada importancia, en mi opinión, porque eso significa que los grandes poderes mundiales todavía no piensan en una guerra importante. Es como vender juguetes a los niños…

—¡Pero esos juguetes sirven para matar! ¡Y de hecho, lo hacen!

—En efecto —se ensombreció el rostro de Brigitte—. Pero ya te digo que es como vender juguetes a los niños para que se distraigan. Ametralladoras, cañones, aviones, carros de combate… Sí, es una canallada, pero permitir esas guerritas, esas pequeñas y odiosas masacres, significa lo que he dicho: que los grandes poderes no quieren una guerra total. Y eso sí sería una hecatombe. Si disponiendo de bombas atómicas y de neutrones, venden ametralladoras y avioncitos, la Humanidad puede seguir adelante. Para Estados Unidos, por ejemplo, el hecho de que unos cuantos países menos desarrollados dispongan de ametralladoras que ellos mismos les han vendido, no tiene importancia, No representan peligro ni preocupación alguna. Les venden armas a unos y otros para que se peleen, siempre, naturalmente, buscando el beneficio propio, esto es, de Estados Unidos, no sólo en lo que respecta a los beneficios de esa guerrita, sino a la propia venta de las armas. Son como niños que se pelean… Mientras tanto, los grandes poderes siguen repartiéndose a la humanidad como si fuésemos… un rebaño de corderos. Y sólo cuando haya un gran desacuerdo entre esos grandes poderes, la hecatombe será… «importante», Y claro está, ni pensar en que Estados Unidos venda la clase de armas decisorias, como la atómica o la de neutrones. Ésas, las tenemos nosotros…, por si acaso.

—¿Y eso no te parece una canallada? —gritó Frankie.

—Total.

—Ah, bueno. Lo que tú quieres decir es que todavía podrían cometer una canallada mayor.

—Exactamente.

—¡Pues va a resultar que todavía tendremos que estarles agradecidos!

—De ninguna manera. Si yo tuviese un medio de terminar con la fabricación de armamento, ya estaría trabajando en ello. Pero ni tú ni yo somos nadie ni nada. Lo seríamos si hubiese otros cuantos millones de seres humanos que pensasen como nosotros, pero, desdichadamente, no es así. La gente, Frankie, no piensa. O mejor dicho, sólo piensa lo que les han enseñado a pensar. Y parece ser que les han enseñado a pensar que la fabricación de armamento es lógica. ¿Sabes cuánto dinero se gasta en armamento cada segundo? ¡Veinticinco mil dólares!

—¿Qué? —saltó Frankie.

—¿No está exagerando? —murmuró Grogan.

—No señor —lo miró Brigitte—. Más bien me quedo corta: el mundo gasta en armamento veinticinco mil dólares cada segundo. Con ese dinero, en un año el mundo nos parecería… otro planeta.

—¡La madre que los parió! —aulló Minello.

—Eso mismo digo yo —asintió Brigitte—. Pero, por favor, vamos a dejar este tema, porque se me enciende la sangre… ¿No sabes algún chiste bueno, Frankie?

—¡Hombre, no! —Se aterró Grogan—. ¡Uno de sus chistes, no!

—Sé uno muy bueno —sonrió Minello—. Y además, no es pornográfico. ¡Je, je…, es muy bueno!

—Pues cuéntalo —rió Brigitte.

—Verás, va un elefante por la selva, y de pronto, ¡zas!, mete una de sus patazas en un hormiguero. Las hormigas salen a toda prisa, cabreadísimas, ¡imagínate!, y la jefa de ellas grita ¡a por él, vamos a liquidar a este asesino de hormiguitas! Y entonces, todas las hormigas se lanzan contra el elefante. Bueno, cientos, miles, millones de hormigas… En un momento, el elefante queda cubierto de hormigas. Pero por fin, el elefante sale de su asombro, y comienza a darse trompazos por todo el cuerpo, y a sacudirlo, de modo que se quita de encima a todas las hormigas…, menos una, que queda agarrada a su cuello. Y entonces, las otras hormigas le gritan a la única que ha quedado agarrada al cuello del elefante: «¡ya lo tienes, estrangúlalo!».

Miky Grogan se atragantó con el humo de su habano, y Brigitte lanzó una cristalina carcajada.

Minello sonrió de orejota a orejota.

—A que es bueno, ¿eh? ¡¿A que es muy bueno?!

—¡Es divertidísimo! —siguió riendo Brigitte—. ¿Verdad, Miky?

Pero Miky Grogan no podía contestar, porque estaba pasando un mal rato debido al atragantamiento de humo. En aquel momento, sonó el teléfono, y Frankie lo señaló.

—Jefe, su tam-tam particular.

—¡Grffmll… frrrmggg…! —jadeó Grogan.

—Me parece —dijo Brigitte— que quiere que atiendas tú la llamada.

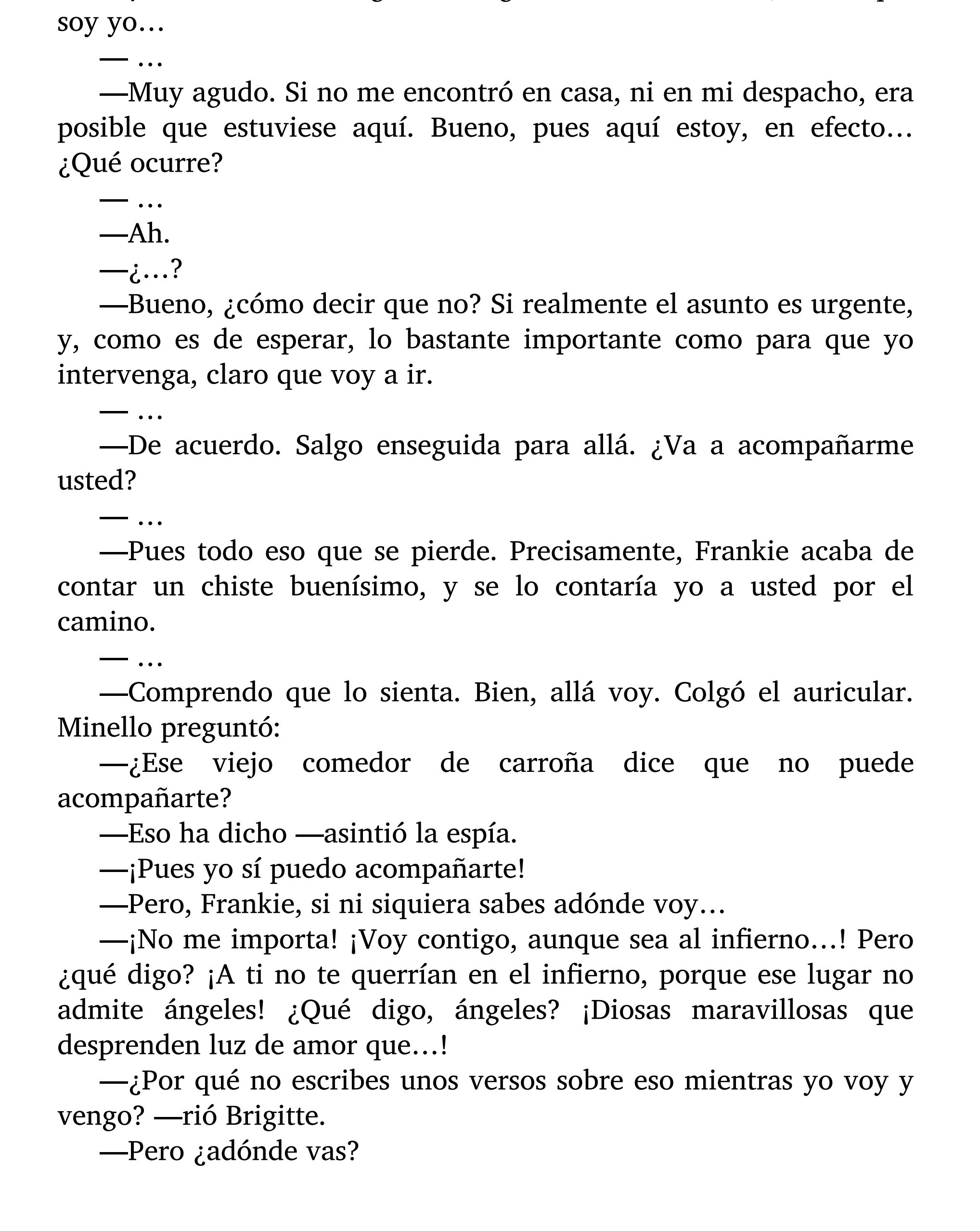
—¡Ni hablar de eso! ¿Y si quien le llama es uno de sus

compañeros ogros infernales? ¡No quiero tratos con esa gente!

Todavía riendo, Brigitte atendió la llamada.

—Despacho del señor Grogan. Diga.

—¿…?



—¡Tío Charlie! —Brigitte se irguió vivamente—. Sí, claro que soy yo…

— …

—Muy agudo. Si no me encontró en casa, ni en mi despacho, era posible que estuviese aquí. Bueno, pues aquí estoy, en efecto… ¿Qué ocurre?

— …

—Ah.

—¿…?

—Bueno, ¿cómo decir que no? Si realmente el asunto es urgente, y, como es de esperar, lo bastante importante como para que yo intervenga, claro que voy a ir.

— …

—De acuerdo. Salgo enseguida para allá. ¿Va a acompañarme usted?

— …

—Pues todo eso que se pierde. Precisamente, Frankie acaba de contar un chiste buenísimo, y se lo contaría yo a usted por el camino.

— …

—Comprendo que lo sienta. Bien, allá voy. Colgó el auricular. Minello preguntó:

—¿Ese viejo comedor de carroña dice que no puede acompañarte?

—Eso ha dicho —asintió la espía.

—¡Pues yo sí puedo acompañarte!

—Pero, Frankie, si ni siquiera sabes adónde voy…

—¡No me importa! ¡Voy contigo, aunque sea al infierno…! Pero ¿qué digo? ¡A ti no te querrían en el infierno, porque ese lugar no admite ángeles! ¿Qué digo, ángeles? ¡Diosas maravillosas que desprenden luz de amor que…!

—¿Por qué no escribes unos versos sobre eso mientras yo voy y vengo? —rió Brigitte.

—Pero ¿adónde vas?

—Me necesitan con urgencia en la Central, Y por favor, no insistas, Frankie: no vienes, esta vez. De todos modos, si te necesitase, ya sabes que te avisaría.

—¿Ha oído eso? —se pavoneó Minello mirando a Grogan, que se estaba recuperando—. ¿Lo ha oído, ogro ulceroso? ¡Nada menos que la agente Baby dice que podría necesitarme!

—¿Por qué siempre gritas tanto? —jadeó Grogan, entre toses.

Minello bizqueó. Luego, se encogió, y miró temeroso a su alrededor.

—Zambomba —susurró—… ¡Es verdad! Si alguien de este periodicucho me oyese decir que Brigitte es la agente Baby, me llevarían al manicomio.

—Ahí es donde deberías estar.

—¿Qué pasa? ¿No le ha gustado mi chiste?

—Pues, a decir verdad, el chiste no ha estado mal, pero… ¡Vaya! ¿Dónde está Brigitte?

* * *

Brigitte Montfort saltó a tierra desde el helicóptero que la había recogido en la terraza del Crystal Building y la había transportado a la Central de la CIA, en Langley. Sus zapatitos se hundieron blandamente en la mullida hierba, mientras uno de los dos Simones que la estaban esperando, tendía la mano hacia ella, para ayudarla a sostener el equilibrio. Conseguido esto fácilmente, por la sencilla razón de que Brigitte no había perdido el equilibrio, el Simón compañero del primero se adelantó, tendiendo un ramo de rosas rojas.

—Una vez más, bien venida a casa, Baby.

—Gracias —rió la divina… Gracias a los dos. ¡Son preciosas!

—No tanto como usted merece —dijo el que la había ayudado.

Todavía riendo, Brigitte entregó a este Simón el maletín rojo con florecillas azules estampadas, retiró una rosa con su tallo del ramo, y se volvió hacia el helicóptero, tendiendo la rosa. Simón-Helicóptero, el agente que la había llevado hasta allí, abrió mucho los ojos.

—¿Para mí? —exclamó. Brigitte besó la rosa, y dijo:

—Con todo mi amor.

—¡Caray! —aulló el espía—. ¿Habéis oído eso, muchachos?

Riendo, Brigitte se volvió hacia los otros dos, retiró dos rosas más, las besó, y las ofreció, sin dejar de reír:

—Con todo mi amor, para que siempre…

Una vertiginosa espiral ascendente pareció atrapar de lleno a la espía más peligrosa del mundo.

Fue velocísimo, fulminante.

Tuvo la sensación de que su cabeza salía disparada, girando hacia el cielo azul de la soleada tarde. Todo dio vueltas, todo se oscureció, todo giró, giró, giró… Era como caer, ahora, en el más profundo y negro pozo que pudiera existir, Brigitte Baby Montfort ni siquiera se enteró de que su cuerpo caía blandamente sobre el verde césped de la Central de la CIA.

Capítulo II

Abrió los ojos, y se quedó mirando el techo de troncos… Durante unos segundos estuvo así, hasta que reparó conscientemente en el detalle: un techo construido con troncos. Parpadeó. Comprendió que estaba tendida sobre la espalda. Se incorporó. La piel de un animal que no supo identificar, se deslizó por su cuerpo, dejando al descubierto los senos.

Estaba desnuda.

A un lado de la habitación, ardía un fuego. No, no era propiamente una habitación. Era toda una casa. Una cabaña pequeña, en la que, en una sola pieza, se reunía todo: cocina, dormitorio, sala, recibidor… Se quedó mirando, atónita, la única ventana que estaba sin cerrar con las contraventanas: a través de los cristales vio, destacando en la oscuridad de la noche, la nieve. Estaba nevando.

Estaba nevando.

Acabó de sentarse bien en el catre arreglado con pieles. Sí, estaba completamente desnuda. Y aunque afuera nevaba, no sentía frío, seguramente debido al agradable fuego que ardía en la tosca chimenea.

Brigitte se pasó las manos por la cara.

¿Estaba nevando? ¡Pero si era verano!

Separó las manos de la cara, y miró hacia el fuego. Bueno, claro, era verano donde ella había estado, pero allí podía ser invierno. Ahora bien, ¿dónde estaba? Intentó situarse, recordar algo, pero todo lo que consiguió recordar fue el ramo de rosas rojas, su oferta de una de ellas al Simón del helicóptero. Luego, se había vuelto hacia los otros dos, y…

Volvió a parpadear.

La puerta de la cabaña se abrió, entró una ráfaga de aire frío, unos copos de nieve…, y un indio. Brigitte no pudo contener una

exclamación.

Sí, estaba viendo un indio. Un indio de lo más clásico, vestido con pieles, portando en la cabeza su penacho de plumas de águila. Su rostro era cobrizo, sus ojos pequeños y oscuros, su nariz aguileña, muy marcada. En la mano izquierda, el indio, vestido con pieles de ante (¡cielos, de ante!), llevaba dos conejos muertos. En la derecha sostenía lo que parecía ser un Winchester 73… ¡Cielos, un Winchester 73!

El indio se acercó, y la miró fijamente, con cierta expresión de orgullo, y dijo algo en un idioma que Brigitte no entendió… Estaba atónita y aterrada. Sabía varios idiomas, pero era incapaz de entender aquél, que sin duda era un idioma indio… Consiguió salir de su estupefacción, y movió negativamente la cabeza.

—No entiendo —murmuró.

—¿Tú bien? —preguntó el indio, en algo parecido al inglés—. ¿Mujer estar bien?

—Sí —parpadeó Brigitte—… Creo que sí. Pe-pero, ¿qué… qué es esto? ¿Dónde estoy?

—Montañas.

—En las montañas… ¿En qué montañas? El indio la miró con desconfianza.

—Grandes montañas —dijo, muy serio—. ¿Hambre?

—¿Eh…? No sé. No sé si tengo hambre… ¿Quién es usted?

El indio se irguió, un ramalazo de orgullo pasó por sus oscuros ojos.

—Yo, Tasuntka Whitko.

Brigitte lanzó una exclamación, y sus ojos se desorbitaron, ¿Tasuntka Whitko? Pero ¿qué le estaba ocurriendo? ¿Estaba soñando, se había vuelto loca, había retrocedido en el Tiempo…? ¡Por Dios, qué tonterías estaba pensando! Y sin embargo, allá estaba un indio que aseguraba ser Tasuntka Whitko, esto es, Caballo Loco, el indio que casi un siglo atrás, en la batalla de Little Big Horn, había matado al general George Armstrong Custer…

—¿Seguro que tú bien? —preguntaba Caballo Loco.

—¿Eh…? Oh, sí, yo bien…

Caballo Loco asintió, al parecer complacido, y se acercó al fuego. Dejó el rifle en un soporte compuesto por dos simples clavos hundidos en un tronco, colgó en un gancho uno de los conejos, y,

ante el asombro de Brigitte, despellejó al animal en cuestión de segundos, bajando hábilmente la piel tras hacer unas incisiones en las patas traseras. Arrancó las vísceras del animal, y las tiró a un lado. El otro conejo quedó despellejado y vaciado igualmente en cuestión de segundos.

Brigitte Montfort estaba pensando. Bueno, algo extraño estaba ocurriendo, naturalmente, Pero, cuidado: sólo extraño, no sobrenatural. De eso, nada.

Miró alrededor, y, no viendo sus ropas por parte alguna, decidió utilizar una de las pieles para cubrirse, Se puso en pie, cogió una de las pieles… Caballo Loco se había vuelto vivamente hacia ella, y la contemplaba con cierta desconfianza.

—¿Ser tú quién? —preguntó.

Brigitte tradujo en el acto, mentalmente, la pregunta: ¿quién eres tú?

—Me llamo Brigitte Montfort, soy periodista, y vivo en Nueva York. Caballo Loco mostró una expresión inescrutable, pero en sus ojos Brigitte vio la enorme confusión del indio. Se echó a reír. Caballo Loco se sorprendió, Luego, de pronto, sonrió. Se acercó a ella, miró sus pechos, y asintió, como aprobando.

—Tú, hermosa mucho, pero tener ojos de agua.

La espía más peligrosa del mundo decidió adaptarse a la situación, hasta comprender un poco mejor qué era lo que estaba ocurriendo realmente.

—No son de agua. Son azules.

—Azules… Parecer de agua.

—Bueno, puede que tengan el color del agua de algunos de los hermosos lagos que tú has visto por las grandes montañas. Hermosas aguas azules, como el cielo.

Caballo Loco volvió a asentir.

—Sí, como cielo… Azul… Bonito.

—¡Muchas gracias! —volvió a reír Brigitte. El indio sonrió.

—Hermosa mucho —dijo—. Comer ahora, luego yo tenerte.

—Ya —asintió plácidamente Brigitte—. Vamos, acostarte conmigo, poseerme. ¿Correcto?

—Yo tenerte bien.

—Claro, claro.

—Bueno, de momento, tú comer.

—Sí.

Caballo Loco atravesó un conejo con un palo, y lo colocó sobre el fuego, en unos soportes, acuclillado ante las llamas. Brigitte veía el hermoso casco de plumas, la ancha espalda del indio… Encima de él, en la pared, el Winchester 73. Volvió a mirar a Caballo Loco.

—¿Cómo he llegado aquí? —preguntó.

Caballo Loco se irguió, volviéndose hacia ella.

—Tú casi de frío muerta en nieve. Yo traer aquí.

—Pues muy agradecida. ¿Y mis ropas?

—Ropas, ropas… Ah, ropas… No, tú no ropas, tú desnuda.

—No me digas.

—¿Qué decir?

—Que sí, hombre, que sí.

—Sí —dijo el indio—. Sí, sí.

—Claro.

—Claro, claro.

Brigitte entornó los párpados. ¿Pretendía burlarse de ella aquel… payaso? Especuló sobre su potencia física. Desde luego, no era en absoluto despreciable, pese a que no era muy alto. Sólo tenía que ver sus manos y sus hombros para saber que aquel hombre tenía una fuerza espantosa. Eso era: espantosa.

—Pero apuesto a que no sabes karate, ni judo —dijo.

—¿Qué?

—Nada. Hablemos en serio: ¿dónde estamos?

—Estamos… Ah, sí. Estar en grandes montañas.

—¿Y cómo hemos llegado aquí? ¿En automóvil, en helicóptero, en avioneta…?

Caballo Loco volvía a mostrar en sus ojos aquellas chispas de confusión, pese a que su rostro permanecía inescrutable.

—¿Qué decir? —preguntó.

Brigitte suspiró, y volvió a sentarse en el montón de pieles que hacían de lecho. A lo mejor, hasta eran pieles de bisonte auténtico. Aunque había una de oso. ¿Qué había ocurrido? Ella había llegado a la Central de la CIA, atendiendo la petición de su jefe directo en el Sector New York de la CIA, Charles Alan Pitzer, esto es, el querido tío Charlie. Muy bien, tío Charlie la había dicho que *Mr*. Cavanagh la necesitaba, y ella había viajado a la Central. Y había llegado. Luego, las rosas. Luego…

Nada más.

Luego, el indio Caballo Loco. Lo miró.

Miró luego de nuevo el rifle.

Lo cierto era que no quería lastimar al indio. Sabía que podía hacerlo, de un modo u otro. Si era un auténtico indio de un siglo atrás (¡qué tontería!) no sería en absoluto enemigo para la agente Baby. Si, como parecía mucho más lógico, no era un indio de un siglo atrás, todo aquello era una comedia en la que, evidentemente no se pensaba lastimar a Brigitte Montfort. Así pues, tenía todas las de ganar.

Pero, de pronto, llegó otro pensamiento a la mente de Brigitte: ¿qué estaba ocurriendo realmente?

Caballo Loco volvió de pronto la cabeza, y preguntó:

—¿Tú no frío?

—No —murmuró Brigitte—, no tengo frío.

—Si tú frío, tú venir fuego.

—Estoy bien aquí, gracias.

—¿Gracias?

Brigitte asintió, frunciendo el ceño. Sí, ésta era la pregunta clave, como había dicho Frankie y ella misma hacía..., ¿cuánto hacía de esto? ¿Cuánto hacía que ella estaba en el despacho de Miky, charlando apaciblemente con éste y con Frankie? ¿A qué distancia estaba de Nueva York? ¿Realmente se hallaba en las grandes montañas...? ¿En las Rocosas, había querido decir el indio? La pregunta clave: ¿qué estaba ocurriendo realmente?

Caballo Loco se había sentado en el suelo frente al fuego, y estaba encendiendo una pipa. Se dedicó a fumar, como si fuese lo más importante de la vida; o quizá, lo único que valiese la pena en la vida. Su apacibilidad, su serenidad, eran tales, que Brigitte sintió una incontenible admiración, casi envidia. Hasta tal punto que no pudo evitar el deseo de gastarle una broma cruel a Caballo Loco.

—El 7.º de Caballería debe de estar cerca —dijo. Los negros ojos la miraron.

—¿Hú?

—El general Custer debe de estar por aquí.

Un gesto despectivo apareció en el rostro del indio, que movió negativamente la cabeza.

—No —dijo—... Cabellos Largos no aquí. Él lejos... Él no subir

grandes montañas. No valor.

—Ah. ¿Y qué haces tú aquí? ¿Estás solo?

—Caballo Loco, solo. Caballo Loco pensar.

—¡No me digas!

—¿Hú?

—¿En qué piensas?

—Caballo Loco pensar en rostros pálidos «chaquetas azules». Caballo Loco, ¡fffsss!

Cuando dijo ¡fffsss!, se pasó el borde de la mano derecha, enérgicamente, por la garganta, en el gesto de una degollación. Luego, continuó fumando tan apaciblemente que Brigitte sintió deseos de fumar.

—¿Tienes cigarrillos? —pidió.

—¿Hú?

—Tengo deseos de fumar.

Caballo Loco tendió la pipa hacia ella.

—Tú fumar, si querer.

Brigitte fue a sentarse frente al indio, tomó la pipa, y dio una cauta chupada. Enseguida, comenzó a toser. Caballo Loco la miraba con irónica amabilidad, inmóvil.

—¡Vaya porquería de tabaco! —jadeó Brigitte, entre toses.

—Buen tabaco. Bueno mucho —aseguró Caballo Loco.

Le quitó la pipa, y continuó fumando, con evidente agrado y placer. Brigitte se recuperó, pidió por señas la pipa, y volvió a chupar de ella, sabiendo ahora de qué iba. Esta vez no tosió. Caballo Loco la miró con aprobación.

Durante unos minutos, estuvieron pasándose la pipa, en silencio, hasta que la carga de tabaco se consumió.

—¿Más? —preguntó el indio.

—No, gracias.

—¿Gracias?

—Oye, hablemos en serio, ¿eh? Somos amigos, ¿no es así?

—Amigos —asintió Caballo Loco—. Amigos buenos.

—Estupendo. ¿Cómo te llamas realmente?

—¿Hú?

—¡Tu nombre!

El indio frunció el ceño, y se tocó la frente.

—Mujer hermosa memoria pequeña: yo, Caballo Loco, ya decir

antes.

—Y estamos en las grandes montañas, ¿eh?

—Sí, en grandes montañas.

Brigitte comenzó a sentirse irritada. Lo que en definitiva, no podía significar nada bueno para Caballo Loco, desde luego. De todos modos, la espía seguía resistiéndose a hacer daño al indio, de un modo u otro. Ni pensar en dispararle con el rifle, pues podía matarlo. Y una lucha cuerpo a cuerpo con aquel hombre no parecía fácil, a menos que lo sorprendiese.

Bueno, estaba decidido: se las iba a arreglar para colocarse tras él, le iba a aplicar un *atemi* de judo en el cuello, y una vez el indio estuviese sin sentido, ella revisaría la cabaña, para ver qué encontraba que la ayudase a situarse, a comprender aquella sorprendente, extraña situación que parecía propia de cien años atrás.

La espía se puso en pie, y primero volvió al camastro de pieles, Se quedó mirando la ventana… Eso haría: simularía que iba a mirar caer la nieve desde la ventana, luego se acercaría por detrás a Caballo Loco, le golpearía…

La puerta de la cabaña se abrió de pronto, bruscamente, y entró un remolino de nieve y frío.

En la puerta apareció un hombre alto, de largos cabellos rubios, vestido con un uniforme azul lleno de entorchados, sosteniendo una carabina militar en las manos. Llevaba botas altas, un gran sombrero de alas anchas, perilla… Para Brigitte Montfort fue como si, de pronto, acabasen de proyectar ante sus ojos la más genuina y tópica imagen del general de Caballería George Armstrong Custer, tantas veces visto en su niñez en cómics, luego en ilustraciones de libros de texto, en películas…

Caballo Loco se había puesto en pie de un salto, perdida velozmente su impasibilidad, y, tras mirar al recién aparecido, saltó hacia donde estaba el rifle. Lo agarró con ambas manos, se volvió emitiendo un espeluznante grito de guerra, y comenzó a apuntar al general Custer.

Éste disparó con la carabina. Caballo Loco volvió a gritar, ahora de dolor, y se tambaleó. El general Custer volvió a disparar, y otro manchurrón de sangre pareció explotar en el pecho de Caballo Loco, que esta vez saltó hacia la chimenea, rebotó en el borde, y

cayó de bruces, perdiendo el rifle. Ya en el suelo, todavía el indio se arrastró hacia donde había caído el rifle… Custer volvió a disparar, y la espalda del indio estalló en sangre. Todo el cuerpo vibró un instante antes de que Caballo Loco, abatiendo la cabeza, quedase inmóvil.

Custer entró en la cabaña, mirando con tensa sonrisa a Brigitte.

—¿Estás bien, querida? —preguntó.

—Muy bien —dijo Brigitte—. Gracias por venir a salvarme. Pero esto no tiene sentido —señaló a Caballo Loco—: es él quien tiene que matarte a ti en Little Big Horn. Eso es Historia, George.

—Entonces, me he adelantado a la Historia —sonrió el general Custer—. Salgamos de aquí.

—Me parece muy bien —asintió Brigitte. Se puso en pie.

Inmediatamente, el mundo pareció girar un millón de veces en una millonésima de segundo. Todo se tornó negro, todo giró, y, de nuevo, la última sensación de la mejor espía del mundo fue que se hundía en un negrísimo pozo sin fin…

* * *

En la oscuridad, pero como muy lejos, oyó una voz conocida. Muy conocida.

—Pero… ¿qué es lo que tiene? —decía la voz.

La voz que contestó no era conocida.

—Todavía no lo sabemos. En principio, parecen lipotimias sin importancia. Desvanecimientos. Sin embargo, sus delirios son constantes, lo que nos hace temer que la cosa sea mucho más grave de lo que parece.

—¿Grave? ¿Hasta qué punto?

—Lo ignoramos, Pero es francamente preocupante, Cavanagh.

Ah, sí. Era la voz de *Mr*. Cavanagh la que había identificado enseguida. Bueno, si Cavanagh estaba por allí, las cosas no podían ir demasiado mal.

Sumida en la oscuridad más absoluta, Brigitte sonrió al recordar cómo había conocido a Cavanagh, años atrás, cuando él era un agente de acción de primerísima categoría, y ella era poco más que una novata en el espionaje mundial. Sin embargo, ella le había salvado la vida a él, que estaba acorralado en un callejón, con una

bala en una cadera. Sí, ella lo había sacado de allí, le había salvado la vida…, y él nunca lo había olvidado. Y no sólo era agradecido, sino que, como Pitzer, y como muchos otros espías, la amaba, a su manera.

—¿Y qué pueden hacer? —preguntaba en aquel momento la voz de Pitzer.

¡Ah, el buen tío Charlie también estaba allí! Sí, todo iba bien, no tenía por qué preocuparse.

—Todo lo que podemos hacer, por ahora, es tenerla en observación, mientras trabajamos en los análisis y electroencefalogramas. Desde luego, su estado físico general es bueno. Mejor dicho, es óptimo: su corazón funciona como una máquina, es perfecto; nos tiene sorprendidos. La tensión sanguínea es normal: doce/siete. Pulmones, bronquios, hígado, estómago…, todo parece funcionar a la perfección. De modo que sea lo que sea lo que le ocurre, nos tememos que sea en la cabeza.

—¿Qué quiere decir? —Casi gimió Pitzer.

—Bueno… Entre nosotros no vamos a engañarnos, ¿verdad? Yo sé que la señorita Montfort es la agente Baby, así que podemos hablar claro.

—Pues hágalo —gruñó Cavanagh—, porque nosotros no estamos entendiendo nada.

—En efecto —gruñó también Pitzer.

—Muy bien —oyó la voz desconocida—… ¿Hasta qué punto tienen ustedes en activo a la señorita Montfort? O mejor dicho: ¿con qué frecuencia realiza ella trabajos para la CIA?

—Pues… la verdad es que… con mucha frecuencia.

—¿Cuánta frecuencia?

—Bien… Digamos que aún no ha terminado un trabajo cuando ya prácticamente se le está encargando otro. Precisamente, cuando se desvaneció en el prado de la Central había acudido a una llamada mía para…

—Escuche, Cavanagh, esto es demasiado. Están abusando de la fortaleza física y mental de un simple ser humano, ¿lo entiende? Cierto, la señorita Montfort está sanísima físicamente, y juraría que su corazón puede soportarlo todo… Pero el cerebro es un mecanismo mucho más delicado. En mi opinión, ella está… recibiendo demasiados choques mentales.

—Entiendo. ¿Cuáles pueden ser las consecuencias?

—¿Las consecuencias? Se lo diré dentro de un día o dos… Es demasiado pronto para hablar de eso. Mi opinión personal es que la cosa, considerando las facultades de la señorita Montfort, no será demasiado grave, pero ya veremos. Lo que sí aconsejo desde ahora mismo es que cuando ella salga de este aprieto, la olviden durante una temporada. ¿Está claro? ¡Demonios, que la CIA se arregle sin ella!

—Pero ¿se pondrá bien? —insistió Pitzer.

—Esperemos que sí. En realidad, el hecho de que delire me tranquiliza un poco. Es como si tuviera simples pesadillas que le llegan debido al agotamiento nervioso.

—¿Qué clase de pesadillas?

—Se van a reír. Juraría que ella ha estado soñando con el general Custer.

—¿El general Custer? —murmuró Cavanagh—. No recuerdo a ningún general de ese nombre…

—¿No recuerda usted al general George Armstrong Custer?

Hubo un silencio de pasmo. Luego, una exclamación.

—¡¿Con ese general?! ¡Pero si…!

—Conozco la historia de nuestro país —cortó el médico—… Y sé que el general Custer murió hace casi un siglo. Pero ella lo ha estado mencionando. Y también ha mencionado a Caballo Loco.

—Dios mío…

—Creo que debemos salir de aquí, para que descanse lo más profundamente posible.

—¿No podríamos quedarnos uno de nosotros?

—No, Lo siento, pero no. Ella está dormida ahora, y quiero que descanse. Pero si lo desean, pueden quedarse en otras habitaciones. Mientras tanto, nosotros…

La voz se fue alejando. Se esfumó, tras oírse el sonido de una puerta al ser cerrada. Seguramente, la cerraron con mucho cuidado, pero el fino oído de la espía más peligrosa del mundo captó el sonido. Aquel oído le había salvado la vida en más de una ocasión.

Lo aguzó, quiso oír más cosas, pero no lo consiguió. El silencio era absoluto. Desde luego, Brigitte sabía que no estaba dormida, puesto que había escuchado la conversación. Pero si estaba despierta… ¿por qué no veía nada? ¿O quizá tenía los ojos

cerrados? Movió los párpados, varias veces. Supo perfectamente cuándo los cerraba y cuándo los abría. La oscuridad era siempre la misma.

Movió las manos, y se tocó la frente. Pero le pesaban los brazos como si fuesen de plomo. Se tocó los senos. Ah, esta vez estaba vestida… Bueno, seguramente era un camisón de la clínica… Claro, estaba en la clínica privada de la CIA, adonde tantas veces había ido, ya fuese por ella misma o por compañeros heridos. De pronto, recordó al Gran Khan[2], al que ella había visitado allí mismo hacía tiempo, tiempo, tiempo. Había sido terrible lo que le había sucedido a Gran Khan, y sólo gracias a ella todavía se habían podido recoger sus despojos para intentar reunirlos en aquella clínica. ¿Le estaba sucediendo a ella lo mismo que a Gran Khan, el hombre que había dirigido una de las Escuelas de la Muerte de la CIA?

Esta posibilidad, la aterró.

Pero no, no podía ser, porque ella estaba coordinando perfectamente. Ahora comprendía lo de Caballo Loco y el general Custer: ¡había sido un sueño, una pesadilla! Pero ¿realmente? Lo recordaba todo con tal nitidez como si hubiera sido una experiencia vital, real, no un sueño. ¿Cómo podía ser un sueño algo que ella recordaba con tal perfección? Los sueños se recuerdan vagamente, sólo detalles más o menos básicos. En cambio, ella lo recordaba todo, detalle por detalle. Como si lo hubiese vivido.

Pero, evidentemente, no lo había vivido. ¿Lipotimias? ¿Ella tenía desvanecimientos? Jamás había padecido este tipo de cosas, Claro que… todo empieza a suceder alguna vez. Quizá tenía razón el médico al que había oído hablar: era posible, sí, que últimamente estuviese trabajando demasiado. Y con demasiada tensión. Por ejemplo, el último caso, el del Canal URSSA. En este caso había conseguido algo que también parecía un sueño: no había habido un solo muerto. Pero, ciertamente, la vida del querido Frankie había estado en peligro…

¿Quizás era eso? ¿Quizá la tensión inconsciente de saber que Frankie estaba en peligro, aunque fuese relativo, había dado lugar a aquel desvanecimiento? Un ser humano no es una máquina…

De pronto, Brigitte supo que se iba a dormir. Y, en efecto, se durmió.

Capítulo III

Cuando despertó, vio la luz del sol. Y enseguida, al hombre.

O lo que fuese.

Su cuerpo era de hombre, su cabeza era de hombre, pero su rostro… ¡Oh, Dios, su rostro…! Le pareció… una torta cuarteada por cientos, miles de pequeños surcos. Era un amasijo de carne lleno de cicatrices, por entre las cuales, destacaban especialmente los ojos, oscuros y pequeños. La nariz era como un trozo de carne deforme. La boca, una ranura delgada y roja.

Era espantoso.

Lo único tranquilizador en aquel ser eran sus cabellos, blancos, suavemente ondulados, nobles. Lo demás, era espantoso, pese a lo bien que vestía el hombre, su actitud tranquila, escrutadora, su gesto reposado, casi amable cuando, al inclinarse un poco hacia ella, preguntó, con voz chirriante:

—¿Cómo estás, hija mía?

Le estaba hablando en alemán. En el más puro alemán, el que Brigitte había aprendido con los familiares de su padre cuando, siendo un bebé, fue enviada a Estados Unidos para apartarla de los peligros y horrores de la Segunda Guerra Mundial. El alemán que sólo podía hablar un alemán, no el alemán aprendido, sobrepuesto.

Brigitte oyó su propia voz preguntando, a su vez, temblorosamente:

—¿Quién es usted?

—Poco importa eso. ¿Estás bien?

Brigitte miró alrededor. Estaba sentada en un sillón de un salón decorado con buen gusto, pero sencillamente. No era demasiado grande. Dos ventanas amplias daban a un jardín lleno de árboles, por entre cuyas copas se filtraban rayos de sol estival. El ambiente era de un sosiego increíble.

—Sí… Estoy bien.

—Por fortuna, llegué a tiempo.

Brigitte se dio cuenta de que estaba vestida, de que todo en ella era normal. Llevaba el mismo vestido que cuando llegó a la Central… Ah, sí, la Central, aquel desmayo…

—A tiempo… ¿de qué? —preguntó.

—De salvarte de las garras de la CIA.

La divina espía parpadeó. Sentía la cabeza un poco pesada, eso era todo. Por lo demás, se sentía perfectamente, o así lo parecía, al menos.

—No le comprendo —susurró.

—La CIA te ha traicionado, hija mía. Igual que hace años hiciera con el hombre que amas.

—¿Qué sabe usted de esto? ¿A quién cree usted que amo yo?

—Sé que amas a Número Uno. No te preocupes por él: está bien, y llegará de un momento a otro, pues le avisé de que estabas en gravísimo peligro. Ya debe de hacer horas que salió de Villa Tartaruga. Tengo el presentimiento de que él se va a sentir muy contento de poder luchar contra la CIA.

Brigitte volvió a parpadear.

—¿Qué clase de traición ha cometido la. CIA, contra mí?

—Al parecer, la MVD rusa ofreció a la CIA algo tan tentador a cambio de la agente Baby, que aceptaron. Por eso fuiste citada en Langley, para narcotizarte y luego venderte a los rusos a cambio de algo que ignoro, pero que tiene que ser importantísimo para la estrategia mundial de los Estados Unidos.

—¿Y la CIA ha aceptado eso?

—Así es, hija mía.

—¿Por qué me llama «hija mía»? ¡Yo no soy su hija!

El hombre permaneció en silencio. Luego, fue a sentarse en un sillón frente al que ocupaba Brigitte. Ésta se quedó mirándolo con suma atención mientras él, con manos temblorosas, se disponía a encender un cigarrillo. De pronto, la miró.

—¿Quieres fumar? —ofreció.

—No… No ahora, gracias.

Él encendió su cigarrillo. Estuvo unos segundos fumando en silencio, mirando el humo. Volvió a mirarla de pronto.

—No consentiré que también tu vida quede destrozada —dijo secamente—… Haré lo que sea con tal de impedir eso. Ya fue

suficiente lo que nos ocurrió a tu madre y a mí… ¡Pobre Giselle amada…!

Brigitte Bierrenbach Montfort sintió un fortísimo escalofrío que hizo estremecer todo su cuerpo.

—¿Qué… qué sabe usted de mi madre? ¿Por qué la llama… «amada»?

—Fue la única mujer que amé con todo mi corazón. Ahora, ni siquiera puedo amar, pero entonces sí, y ella, mi Giselle, fue toda la luz de mi vida… Cuando supe que había sido fusilada, ya habían pasado meses… Tú ya estabas en Estados Unidos, con una de mis hermanas… No me quedaba nada, nada, nada…

—Por el amor de Dios… ¡¿quién es usted?!

—Supongo que ya he dicho demasiado para querer seguir ocultándolo. Y estoy seguro de que ya lo has comprendido.

—¿Usted es… eres mi padre…?

—Sí. Soy Fritz Bierrenbach.

—No es cierto… ¡No es cierto! ¡Mi padre murió!

La horrible cabeza se movió con gestos de asentimiento.

—Sí, eso es lo que quise que todos creyeran, después de lo que me pasó —señaló su rostro machacado—. Durante años y años, he preferido que creyeses que había muerto. Incluso cuando aquel asunto respecto a la acusación que pesó sobre mí como criminal de guerra te llevó a Europa oriental… ¿Lo recuerdas?

—Desde luego —jadeó Brigitte—… ¡Lo recuerdo[3]!

—Sé que si mi nombre quedó limpio de esa horrible acusación, fue gracias a ti. Y también sé que Número Uno te ayudó. A los dos os estoy muy agradecido, hija mía.

—¿Cómo… cómo sabe usted… todo esto?

—Wilhelm me lo dijo.

—¿Wilhelm?

—Sabes perfectamente a quién me estoy refiriendo: a tu gran amigo Wilhelm von Steinheil, el Barón… y gran espía Alexandria.

—¿Conoce usted… conoces a Alexandria?

—Él me encontró, precisamente a raíz de todo aquello, al obligarle tú a hacer averiguaciones sobre mí. Ah, sí, hija mía, Wilhelm fue y sigue siendo un gran espía[4], aunque ahora sus actividades sean más cerebrales que físicas. Los años pasan… Es un hombre que te ama mucho. Me pidió, casi me exigió, que me

presentase a ti, asegurándome que no ibas a horrorizarte por mis… detalles externos Pero con esta cara… ¡Y tú eres tan hermosa, hija mía! Eres más hermosa aún que tu madre —en el machacado rostro apareció algo que podía parecer una sonrisa—… Y te aseguro que eso no es fácil. Quizá la mezcla de francesa y alemán dio este excelente resultado…, aparte de que yo también fui un hombre hermoso. ¿Te parece increíble?

—No… No.

—Tengo entendido que eres una persona de altísima calidad humana, y no sabes cuánto lo celebro. Aunque preferiría que te retirases ya a Villa Tartaruga, debo elogiar tu labor como espía en este podrido mundo. Realmente, la labor que hizo tu madre no fue tan importante. Fue más férreamente patriótica al servicio de Francia, lo que es encomiable, ciertamente, pero no tanto como lo que tú estás haciendo no sólo por tu patria, sino por todo el mundo. ¡Estoy tan orgulloso de ti, Birgitt…!

Brigitte se pasó las manos por la cara, que notaba fría y rígida. Cerrados los ojos, con las manos ante ellos, intentaba centrar su mente.

¿Estaba teniendo otro sueño?

Parecía todo real, pero… ¿qué otra cosa podía ser sino un extraordinario sueño? Recordó súbitamente el de Caballo Loco y el general Custer. Los dos estaban muertos hacía tiempo y tiempo… ¿La presencia de su padre significaba que él también había muerto hacía tiempo y tiempo…? ¿Sólo soñaba con muertos?

Retiró las manos de la cara, y abrió los ojos. El hombre que decía ser Fritz Bierrenbach, su padre, continuaba sentado en el sillón, mirándola, con gesto anhelante.

—¿Te encuentras bien? —insistió.

—Sí, sí…

—Pronto podremos marcharnos de aquí, y te examinará un médico, por si acaso. No creo que él tarde en llegar con el helicóptero.

—¿Él? ¿Número Uno?

—Naturalmente. Birgitt, estoy pensando que quizás hubieses preferido continuar creyendo que había muerto a verme en este estado. Seguramente, te he ocasionado un trauma…, y lo siento.

—No tengo trauma alguno —negó Brigitte.

—Me inclino a creer que es cierto, si tú lo dices. Eres un ser extraordinario, hija mía, y me pregunto por qué. Cierto que yo soy muy inteligente, y tu madre lo era casi tanto como yo, y tan hermosa… Pero en ti han convergido tan gran cantidad de cualidades que resultas extraordinaria. Cada vez que algo te ha distinguido públicamente he sentido una enorme alegría. Como el Premio Pulitzer de periodismo, las varias menciones posteriores, tu prestigio internacional como periodista de altísimo nivel en cuestiones políticas internacionales… Pero lo que más me… sorprendió y maravilló fue cuando te nombraron reina. ¡Fue una cosa tan magnífica[5]! Pero nunca supe por qué aquel pequeño país isleño llamado Atlantic Kingdom te eligió como reina…, a la que luego llamaron *Blueyes Queen*.

Brigitte sonrió ante el recuerdo.

—Me eligieron por medio de una computadora.

—¡Una computadora! ¡No es posible!

—Te aseguro que fue así…, padre.

—Una computadora —Fritz Bierrenbach movió la cabeza—… Bien, tengo que admitir que esos aparatos pueden valorar millones de datos en pocos segundos. Pero opino que no hacía falta la computadora: habría bastado conocerte.

—Tú me conoces bien, según parece.

—Sí. Conozco tu imagen pública como periodista, pero conozco todavía mejor tu imagen de ser humano que utiliza el espionaje y nada menos que a la CIA para intentar que este mundo sea un poco menos cruel y triste. Sin embargo, ya ves: si yo no hubiese llegado a tiempo, en estos momentos estarías camino de Rusia.

—Recuerdo que me desvanecí en el prado de la Central, y nada más. ¿Qué ocurrió exactamente?

—Te drogaron.

—¿Me drogaron? ¿Cómo?

—Había gas narcótico en las rosas que oliste… y besaste. ¿Recuerdas eso?

—Sí… Sí, desde luego. ¿Qué más pasó? Fritz Bierrenbach encogió los hombros.

—Es largo de contar. Ya tendremos tiempo cuando estemos a salvo. Pero imagino que comprenderás el aparentemente absurdo hecho de que yo pudiese sacarte de allí si te digo que cierto ex espía

del Grupo de Acción me ayudó.

—¿*Mr*. Cavanagh?

—Bien… Sí, fue él. Tenías que comprenderlo, claro está. Has conseguido… que irradie hacia ti mucho amor de todo el mundo, Birgitt, y eso es, precisamente, lo que más orgullo causa en mí. Tener una hija hermosa, es fácil. Tener una hija amada por sus cualidades espirituales, es mucho más difícil…, y más satisfactorio.

—Eres muy amable —murmuró Brigitte—… Dime: ¿dónde has estado viviendo todos estos años?

—Escondido… Y no por mis crímenes de guerra, que jamás cometí, sino por ocultar para siempre esta cara al mundo.

—Una cara no significa nada.

—Quizá no para ti, hija mía, pero la gente se horroriza ante lo aparentemente horrible, y se deja engañar ante las mentiras que le presentan en apariencia hermosa. De todos modos, tenemos que admitir que…

Brigitte le hizo un gesto, y Fritz Bierrenbach calló en el acto.

—Se acerca un helicóptero —susurró la divina.

—No oigo nada…

—Lo oirás pronto.

—Bueno, si se acerca… Ah, sí, ahora lo oigo. ¡Tienes un oído finísimo, Birgitt! Bien, debe de ser Número Uno. Salgamos de la casa, para subir enseguida al aparato. Aunque no creo que haya dificultades…

Brigitte se había puesto en pie.

Oyó el denso zumbido, todo se tornó negro, y, una vez más girando, girando, girando, fue descendiendo hacia el pozo de insondable negrura.

* * *

—… ¿Qué ha dicho esta vez, qué ha soñado? De nuevo la voz de *Mr*. Cavanagh.

Y otra vez aquella otra voz, desconocida; es decir, ya conocida, pues era del mismo médico de la vez anterior.

—Lo ignoro. No hablaba en inglés… Creo que hablaba en alemán, pero no estoy seguro.

—En alemán —sonó la voz de Pitzer—… Es perfectamente

posible, pues lo habla con la misma soltura que el inglés. ¿No ha podido usted entender nada absolutamente?

—Bueno, algunas palabras, como «sí», «no», «Birgitt»… ¿Fritz Bierrenbach tiene sentido para ustedes?

—¿Bierrenbach…? No. Pero sí Bierrenbach.

—¡Eso es! ¡Bierrenbach!

—El padre de ella se llamaba Fritz Bierrenbach —sonó de nuevo la voz de Pitzer.

—Pues ha debido de soñar con él. Pero estaba tranquila… Ha sostenido una larga conversación, al parecer, con Fritz Bierrenbach. Y ha mencionado a otro alemán, un Barón, un tal… Stin…

—¿Wilhelm von Steinheil? ¿Alexandria?

—¡Exactamente! ¿Quién es?

—No se preocupe, doctor —dijo Cavanagh—… ¿Recuerda algo más?

—Creo que mencionó a Número Uno. Y a usted.

—¿A mí?

—Salvo que usted no sea *Mr*. Cavanagh.

Se oyó el gruñido de Cavanagh. Enseguida, de nuevo la voz de Pitzer.

—Pero ¿ella está mejor que ayer?

—Está más calmada, pues le administramos un sedante. Por otro lado, en las pruebas efectuadas no encontramos nada anormal. Al parecer, todo está bien, y tengo la esperanza de que sólo se trate de esperar unos días. Aunque todavía haremos alguna prueba más, pienso que lo ocurrido ya puedo explicarlo; por un motivo u otro, la señorita Montfort ha experimentado un *shock* súbito que le ha ocasionado un desequilibrio nervioso pasajero. Se diría que últimamente estuvo en tensión de un modo excesivo, y aunque en apariencia la cuestión no le afectase demasiado, lo cierto fue que sí la afectó…

—Eso no es en absoluto sorprendente —sonó la voz de Pitzer—. Repetidamente he dicho que Brigitte debía tener una larga temporada de descanso, no ya físico, sino mental.

—Eso es algo que me satisface oír —dijo el médico—. Y eso es lo que tendrá que hacer en cuanto se reponga.

—Lo hará —aseguró Cavanagh—. Pero nosotros queremos estar seguros de que ella quedará bien, de que no le quedará ninguna

secuela de este… incidente. ¿Podemos contar con ello, doctor?

—Sí. Realmente, sí. Las posibilidades de que de todo esto derive algún perjuicio para la señorita Montfort son mínimas. Dado su habitual estado físico, tan óptimo, yo diría que sólo tiene una probabilidad entre un millón en contra. Lo que, como ustedes comprenderán, no es nada desfavorable.

—Me parece —dijo alegremente Cavanagh— que voy a emborracharme con champaña para celebrarlo. ¿Me acompaña, Pitzer?

—Sí señor. Una buena borrachera es lo menos que… La espiral volvió.

Brigitte Montfort dejó de tener contacto con todo salvo con aquella sensación de giro interminable.

Capítulo IV

—¿Sigue negándose a comer?

La pregunta llegó como flotando en ondas de aire. Alguien la había formulado, en idioma inglés, pero con un acento extranjero muy peculiar, que ella recordaba vagamente…

De pronto, vio a los dos chinos.

Estaban de pie ante ella. Uno sostenía una bandeja con comida, y el otro empuñaba una pistola automática, que apuntaba a su pecho. Brigitte hizo un movimiento, que quedó detenido enseguida por las cuerdas que la amarraban a algo. Volvió la cabeza, y vio las argollas de hierro clavadas en el suelo, en el que ella estaba sentada, en postura bastante incómoda. Consiguió moverse para acomodarse, y, mientras tanto, estaba viendo sus piernas, de color negro…

No, no es que fuesen negras. Es que llevaba una indumentaria especial, una malla negra que cubría todo su cuerpo, moldeándolo de tal modo que sus formas destacaban como si estuviese desnuda. Miró alrededor. Estaba en una pequeña habitación, que sólo tenía una ventana, pero que estaba oculta por un par de sacos vacíos clavados alrededor del marco.

Volvió a mirar a los dos chinos, que la contemplaban con curiosidad y desconfianza a la vez.

—¿Dónde estoy? —murmuró.

—¿Quiere comer o no? —preguntó de nuevo el mismo chino de antes.

—No… No tengo apetito.

—Como quiera —gruñó el chino—. Pero le aseguro que no va a conseguir sus propósitos.

—¿Qué propósitos?

—Morir de hambre antes de que encontremos el medio de sacarla de Estados Unidos. Aunque usted se niegue a comer,

nosotros la iremos alimentando por vía intravenosa, de modo que tiene por delante una larga vida… Al menos, la suficiente para nosotros. Y quítese de la cabeza que sus amigos la encuentren.

—¿Qué amigos?

El otro chino habló de pronto, al parecer irritado:

—Escuche, señorita Connors, a nosotros no nos gusta perder el tiempo en tonterías. Aunque usted ha negado ser la agente Baby de la CIA incluso cuando le hemos inyectado el pentotal, nosotros sabemos que usted es Baby, y que se llama o dice llamarse Lili Connors. ¿De acuerdo?

—Estoy muy confusa… No sé qué me pasa…

—Bueno, usted se metió con Ling Lao, y eso la ha colocado en esta situación. ¿Recuerda eso?

—¿Quién es Ling Lao?

Los dos chinos se quedaron mirándolo hoscamente. Luego, dieron la vuelta, salieron de la pequeña habitación, y cerraron la puerta. Brigitte oyó la cerradura al ser girada. Estuvo inmóvil unos segundos. ¿Lili Connors? Bien, éste era uno de los muchos nombres que utilizaba, desde luego, pero… si estaba utilizando este nombre debía llevar una peluca rubia, o haber utilizado uno de los tintes rápidos especiales de Mc Gee para teñirse el cabello. Movió la cabeza, y vio oscilar ante sus ojos unos mechones de cabellos rubios. Ah, estaba teñida de rubio… Acto seguido, tan sólo moviendo los párpados, supo que llevaba lentillas de contacto.

Bien… La cosa, en principio, iba tomando sentido, forma. Ella, Brigitte Montfort, alias Baby, había adoptado la personalidad de Lili Connors, tantas veces utilizada, para hacer algo relacionado con un chino llamado Ling Lao. Ling Lao… Forzó la memoria, pero no recordó el nombre. No sabía quién era el tal Ling Lao. Lo que sí podía deducir era que si ella había ido en busca de Ling Lao era porque éste estaba tramando algo malo. Algo malo, pero… ¿qué?

La puerta del cuarto se abrió de nuevo, apareció el hombre de la pistola, enseguida el otro, empuñando también una pistola ahora, en lugar de portar comida, y, a continuación, entró otro chino. Brigitte comprendió en el acto que aquel chino era Ling Lao, pero, al mismo tiempo, quedó estupefacta al verlo.

Era delgadísimo, de estatura inferior al metro sesenta, completamente afeitada su cabeza, y vestía una túnica de color

violeta muy llamativa, que le llegaba hasta los pies. No se le veían los ojos, porque llevaba unos lentes de cristales oscuros… Los lentes más sorprendentes que Brigitte había visto jamás utilizados por un ser del género masculino: la montura era de color rojo, y estaba construida de tal forma que parecía que Ling Lao llevase una gran mariposa posada en el rostro. Era de lo más exótico y extravagante.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Ling Lao, con voz amable, educada, en perfecto inglés.

—¿Usted es Ling Lao?

—En efecto. Pero no entiendo por qué pregunta lo que ya sabe, señorita Connors.

—La verdad es que no me encuentro muy bien.

—Ah, eso lo creo perfectamente, considerando que lleva más de tres días negándose a comer. Es una tontería por su parte, algo muy ajeno a su inteligencia, ¿no le parece?

—¿Llevo tres días sin comer?

Ling Lao permaneció en silencio unos segundos, y Brigitte se lo imaginó mirándola con el ceño fruncido. Pero no podía ver sus cejas, ni sus ojos. Sólo la diminuta boca, moviéndose de un modo peculiar, extrañísimo, como si estuviese haciendo las palabras con los labios, en lugar de simplemente pronunciarlas.

—Entiendo que está usted dispuesta a dificultar las cosas —dijo por fin Ling Lao—, y supongo que está intentando dar largas al asunto, esperando que sus compañeros de la CIA, sus Simones, puedan encontrarla. Será mejor para usted que renuncie a esa posibilidad. Bien cierto es que hay más de dos mil agentes de la CIA buscándola por todos los Estados Unidos continentales, en la certeza de que no hemos podido sacarla del país, pero, convénzase: no la encontrarán. Y como ya sabe, los chinos tenemos mucha paciencia. La suficiente para esperar el momento adecuado para sacarla de aquí rumbo a China.

Brigitte, que estaba siguiendo la conversación como una autómata programada, sonrió de pronto.

—Creo haber oído eso antes de ahora.

—¿Qué?

—Usted quiere llevarme a China, los rusos a Rusia, y así sucesivamente con toda una serie de espías de poca importancia. Pero hasta el momento, señor Lao, no he sido llevada a ningún

sitio… al que yo no haya querido ir.

—Magnífico —se estiraron en extraña sonrisa los labios de Ling Lao—: observo que está recuperando usted su altivez inicial de cuando la capturamos.

Eso me proporciona la esperanza de que también recupere su inteligencia habitual, y se avenga a razones. Mire, nosotros estamos… admirados de su resistencia a la droga. La hemos inyectado en su cuerpo en cantidades incluso alarmantes, y pese a eso no hemos conseguido que nos diga lo que queremos saber.

—Debo de estar inmunizada.

—O muy bien entrenada. De acuerdo. En vista de nuestro fracaso con las drogas, vamos a pasar a procedimientos menos sofisticados, pero quizá más productivos. ¿La asusta a usted el dolor físico?

—Sí.

—Eso es normal. Y llegados ya a una situación que parece razonable, insistiré en mi pregunta: ¿cómo me encontró usted?

—Lo ignoro.

La diminuta boca de Ling Lao pareció comprimirse.

—Señorita Connors, tenemos mucho tiempo para ir aplicándole a usted torturas chinas que por el momento no constan en ningún… manual conocido. Pero le ruego que no nos obligue a ello. Vamos, sea consecuente: ¿quién le informó de mi existencia y paradero?

—No lo sé. A decir verdad, ni siquiera sé de qué me habla.

—Es usted irritante, de veras.

—Lo siento, pero le estoy diciendo la verdad.

—Veamos… Como usted bien sabe, mi misión en Estados Unidos consiste…, mejor dicho, consistía, ya que usted la ha estropeado con su intervención, en organizar el asesinato simultáneo a ser posible de todos los consejeros habituales de la Casa Blanca, con vistas a dejar al señor Nixon sin apoyo para atender…

—¿El señor Nixon? ¿Qué señor Nixon?

—El señor Richard Nixon, presidente de Estados Unidos, naturalmente. Brigitte cerró los ojos.

¿Nixon? Por un instante, su cabeza dio vueltas… ¿Nixon? ¿Cuánto hacía que Richard Nixon había dejado de ser presidente de los Estados Unidos de América…? Bueno, al dimitir él, había ocupado su puesto Gerald Ford, durante un año y poco más. Luego,

había ocupado la presidencia James Carter, en la que llevaba algo más de tres años, o sea…

Abrió los ojos.

—¿Pretende burlarse de mí? —murmuró.

—¿Burlarme de usted? —preguntó Ling Lao—. ¿Qué quiere decir?

—El presidente de Estados Unidos en el señor Carter.

—El señor Carter… ¿Quién es el señor Carter?

Brigitte se pasó la lengua por los labios.

—¿En qué año estamos? —preguntó.

—Curiosa pregunta. Pero si pretende hacerme creer que ha perdido la memoria, y que…

—¿En qué año estamos? —insistió Brigitte.

—En mil novecientos setenta y tres, naturalmente.

—No… No. Estamos en mil novecientos setenta y nueve…

—Realmente, está usted… deteriorando mi paciencia, señorita Connors. Mire, nosotros tenemos dificultades para salir de Estados Unidos porque queremos llevarla con nosotros a China. Pero si la descuartizamos ahora y aquí le aseguro que nuestras dificultades habrán terminado. ¿Es eso lo que está tratando de provocar? ¿Que la matemos?

—No deseo morir de ninguna manera. Pero estamos…

—¡Ya basta! ¡Estamos en mil novecientos setenta y tres, el presidente de Estados Unidos es Richard Milhous Nixon, y usted es nuestra prisionera! ¿Cómo ha llegado hasta nosotros? ¡Eso es lo que queremos saber! Nosotros estábamos preparando el asesinato simultáneo de todos los consejeros del señor Nixon, a fin de dejarlo inerme para cuando sostenga una entrevista privada con uno de nuestros políticos que tiene como misión básica engañarlo de tal modo que China obtenga determinados privilegios políticos en su acercamiento a Estados Unidos. Ése era nuestro plan, nuestro objetivo, y usted lo ha estropeado… De acuerdo, para eso trabaja con la CIA. La felicito. Pero ahora, señorita Connors, yo quiero saber cómo me encontró, cómo supo de mi existencia. ¿Está lo bastante claramente explicado para usted?

—Sí… Sí.

—Muy bien. ¿Cuál es su respuesta?

—No tengo respuesta, lo siento.

Ling Lao soltó un suspiro profundo, tan fuerte que pareció un resoplido.

—Vamos a ver si la ayudo a concentrarse. Nosotros tenemos en Washington una célula compuesta por un total de catorce miembros del Lien Lo Pou que han estado trabajando en la preparación de esos asesinatos simultáneos. Es evidente que si la CIA y consecuentemente usted han llegado a conocer el plan, es porque alguien se lo ha dicho. Obviamente, ese alguien sólo ha podido ser uno de los miembros de la célula preparatoria de la acción. Es decir, que tenemos en la célula de Washington un traidor que no sólo ha delatado el plan que me trajo a mí aquí, sino que, lógicamente, habrá delatado también a los demás miembros de la célula, que si no han sido detenidos ya es precisamente porque la CIA está a la expectativa de lo que ocurre con usted. Incluso es posible que estén esperando que el traidor que ya antes les ha servido consiga enterarse de dónde está usted, a fin de venir a rescatarla. ¿Lo entiende?

—Desde luego, pero…

—¡Queremos saber el nombre de ese traidor! —gritó de pronto Ling Lao—. ¡Queremos saberlo, para avisar a los demás de que todavía pueden intentar escapar, y para matarlo a él como a un maldito cerdo! ¡Y no me diga que no entiende esto!

—Lo entiendo perfectamente, pero le aseguro que no tengo en mi memoria ningún registro con esos datos. De veras.

—¿Registro de datos en su memoria…?

—Quizá las drogas que ustedes me han inyectado han dañado mi mente, de un modo u otro.

Ling Lao volvió a suspirar, ahora lentamente y en silencio.

—Está bien. Ya que así lo quiere, será sometida a tortura. Y vamos a empezar por la parte que usted menos se imagina… Oh, no, no tema, no vamos a violarla, no vamos a utilizar la violencia del sexo con usted. Es decir, la idea es… imposibilitarla para siempre en lo que al uso del sexo se refiere; le vamos a amputar la parte más… sensible de su órgano genital. ¿Me he explicado?

Brigitte había palidecido. Su mente se forzó con desespero en busca de una solución. Debía de estar soñando, desde luego, pero aun así, la extirpación que Ling Lao había anunciado le iba a resultar dolorosa, terrible, traumática. Claro que cuando despertase

todo estaría bien, pero era un sueño demasiado horrible…

—Quiero despertar —jadeó—… ¡Quiero despertar!

Los tres chinos, que se habían acercado a ella, se quedaron inmóviles, atónitos.

—¿Qué dice? —preguntó Ling Lao.

—¡Quiero despertar, quiero que ustedes desaparezcan, no quiero seguir con esto, NO QUIERO, NO QUIEROOO…!

Hubo un cambio de miradas entre los chinos, parecía que de desconcierto. Pero duró poco el desconcierto. Ling Lao hizo un gesto, y los otros dos se acercaron más a Brigitte…

En la puerta del cuarto se oyó un grito. Los tres chinos se volvieron vivamente, respingando.

Plop, plop, plop, plop, plop, plop…

En la puerta, dos hombres armados de pistolas provistas de silenciador dejaron de disparar cuando los tres chinos quedaron en el suelo, amontonados, con manchurrones de sangre en sus cuerpos. Ling Lao había rebotado sobre Brigitte, y ahora, tendido de lado, alzaba la cabeza y la miraba. Sus lentes habían saltado, y la espía pudo ver sus ojos, de color blanco… ¡Dios mío, unos ojos de color blanco, blanco, blanco…!

Plop.

Ling Lao emitió un gemido, su cabeza se abatió. Por un lado de la boca le salió un chorrito de sangre, que goteó hacia el suelo…

Brigitte desvió la mirada hacia la puerta. Los dos hombres estaban todavía mirando a los chinos, para disparar de nuevo si observaban la menor señal de vida. Mientras tanto, Brigitte identificó a los dos hombres: eran los Simones que la habían recibido cuando ella llegó a la Central en el helicóptero, los que le habían regalado un ramo de rosas rojas… Los dos Simones se acercaron, y se acuclillaron delante de ella.

—¿Se encuentra bien? —jadeó uno de ellos.

De nuevo miró Brigitte hacia la puerta, donde aparecía más gente. Parpadeó al distinguir al piloto del helicóptero que la había llevado a la Central. Simón-Helicóptero entró precipitadamente, y detrás de él lo hicieron Cavanagh y Pitzer. Brigitte lanzó una exclamación de sorpresa y alegría. El piloto del helicóptero colocó ante ella un ramo de rosas rojas.

—Sabía que podríamos salvarla, así que le traje esto… con todo

mi amor.

¡Qué bien olían las rosas...!

Y de pronto, la agente Baby volvió a perder la noción de todo, absolutamente de todo.

No supo nada de nada.

No vio nada. No oyó nada.

Fue como si dejase de existir.

* * *

—Le hemos traído unas flores...

Era la voz de Cavanagh de nuevo, pero él no tenía flores en las manos. Las flores flotaban junto a él. Pero de pronto, al acercarse más el ramo a su rostro, Brigitte vio, tras las rosas rojas, el de Charles Alan Pitzer, y oyó su voz, un tanto temblorosa.

—¿Cómo está, Brigitte?

La mirada de la espía se desvió, se alzó hacia el blanco techo. Cerró los ojos.

Seguramente, estaba soñando dé nuevo. Creía haber visto el rostro de *Mr*. Cavanagh, y el de tío Charlie. Y tío Charlie le ofrecía un ramo de rosas rojas... Igual que había hecho Simón-Helicóptero en el sueño, después de que los otros dos Simones matasen a Ling Lao y a los otros dos chinos. Ah, sí, los chinos... Los chinos que habían entrado en Estados Unidos para asesinar a los consejeros del presidente Nixon, ahora recordaba. Y lo recordaba perfectamente, con aquella sorprendente nitidez.

Muchas veces, como todo el mundo, Brigitte Montfort había soñado, pero siempre los sueños eran imprecisos en general, y sólo quedaba el recuerdo del detalle importante. O a veces, ni siquiera un detalle importante, sino el motivo central del sueño. Y a veces había soñado cosas extraordinarias, fantásticas, unas veces agradables, otras desagradables... Pero sólo quedaba, finalmente, eso: el recuerdo, ya fuese agradable o desagradable. O mejor aún, no el recuerdo, sino la impresión, la sensación de algo agradable o desagradable.

En cambio, recordaba perfectamente a Ling Lao, a los otros dos chinos, a los Simones... ¡Y había visto también a Cavanagh y Pitzer!

Abrió de nuevo los ojos, parpadeó repetidamente... ¡Oh, sí,

ahora veía, no estaba sumida en aquella negrura que parecía eterna y totalitaria! Ahora, si cerraba los párpados no veía, pero si los abría sí veía. Esto era lo normal, no antes…

—¿Se siente bien, querida?

Desvió la mirada del blanco techo, y vio el rostro angustiado de Pitzer muy cerca del suyo. Un poco a la izquierda y sólo un poquito más alejado, vio el de Cavanagh.

—Tío Charlie… ¿Dónde estoy?

—En nuestra clínica… Todo va bien, Brigitte, todo va bien.

—Estará completamente restablecida muy pronto —dijo *Mr.* Cavanagh. Brigitte suspiró hondo, y asintió; veía en la ventana con sobrias y elegantes cortinillas el resplandor solar de un hermoso día.

—¿En qué año estamos? —preguntó de pronto Brigitte.

—Vamos, querida, vamos… Descanse. Nosotros nos vamos enseguida. Sólo hemos querido verla unos segundos…

—¿En qué año estamos?

—Bueno, en mil novecientos setenta y nueve, claro está.

—Sí… Ése es el año. ¿El señor Carter es nuestro presidente?

—Naturalmente.

—Sí, así es —suspiró ella—… ¿Qué sabemos del señor Nixon?

Ni Pitzer ni Cavanagh contestaron. Brigitte dejó de mirar hacia la ventana para mirar de nuevo a los dos hombres que, además de impartirle órdenes, o mejor dicho, instrucciones sobre las misiones a cumplir, eran sus buenos y queridos amigos personales.

—¿Está bien el señor Nixon? —insistió.

—Suponemos que sí.

—Me alegro… ¿El señor Carter también? ¿Y sus consejeros? ¿Todos?

—Sí, sí, en efecto… Todo va bien, Brigitte.

—Me alegro mucho, sí. Incluso por el señor Nixon. Creo que no debemos ser rencorosos en exceso. Claro está, yo nunca volvería a confiar en el señor Nixon para asuntos de importancia, pero tampoco me parece que debamos machacarlo, porque…

—Será mejor que descanse. —Pitzer le dio unas palmaditas en una mano—… Le pondré las flores en un jarrón, y ya volveremos en otro momento.

—Capturaron toda la célula de Washington, supongo. La del Lien Lo Pou que servía los planes de Ling Lao, quiero decir.

—Descanse —casi gimió Cavanagh—… Descanse.
—No estoy cansada…
—De todos modos, no es momento de conversar.
—¿Han avisado a Uno? ¿Le han dicho lo que me ocurre?
—Todo está bien, no se preocupé.
—¿Qué es lo que me ocurre, tío Charlie?
—No piense en nada, Brigitte. Sólo descanse.
—No estoy cansada.
—Lo estará si continúa hablando. No hemos debido venir. Vamos, sea buena chica y no nos haga sentir remordimientos por haberla turbado en su descanso. Relájese. Todo va bien.
—Mi padre… está convertido en un ser… físicamente horrible. ¡Dios mío, pobre papá, todos estos años escondido por lo que le hicieron en el rostro! No es justo…
Cavanagh y Pitzer cambiaron una mirada de angustia, de alarma. Acto seguido, Pitzer salió precipitadamente de la habitación confortable y silenciosa.
Cuando regresó, lo hizo acompañado del médico que, en cuanto habló, fue identificado por Brigitte.
El médico dijo:
—No hay que preocuparse. Está recordando todos los sueños, eso es todo.
—Le conozco a usted —le miró sonriente Brigitte—. Es decir, conozco su voz, doctor.
—Celebro que así sea. —El médico le tomó el pulso—. Está muy bien. Veamos, señorita Montfort, ¿prefiere quedarse sola para dormirse por su natural, o que le inyectemos un calmante?
—No quiero calmantes, no.
—Muy bien. Entonces, va a cerrar usted los ojos, la dejaremos sola, y se dormirá dulce y profundamente. ¿De acuerdo?
—¿Vendrá Número Uno? —Miró Brigitte a Pitzer.
—Le avisaremos —murmuró con voz apenas audible Pitzer.
—Gracias, tío Charlie…
Cerró los ojos, y quedó inmóvil. Los tres hombres se quedaron mirándola. Estaba bellísima, con su negra cabellera esparcida sobre la almohada, la camisa de dormir, azul, fina, elegante. La ropa de la cama, sólo una sábana y una ligerísima colcha, había quedado por debajo de los senos, y se veían éstos moviéndose rítmicamente al

compás de la profunda respiración…

—Se ha dormido —dijo el médico—. Asombroso.

—Nada de asombroso —gruñó Pitzer—: ella se duerme cuando le da la gana.

—No se ponga desagradable conmigo —dijo amablemente el médico—: recuerde que yo no tengo la culpa de nada, Pitzer.

—Lo siento —farfulló éste.

De nuevo el silencio. El médico dejó cuidadosamente la mano de Brigitte sobre la cama.

—Está perfectamente, su pulso es normal…, quiero decir el normal en ella. La señorita Montfort es fuerte como un bloque de granito, no se preocupen más. Y creo que debemos dejarla dormir en paz, ¿no están de acuerdo?

Salieron los tres de la habitación. El médico se alejó. Pitzer sacó su pipa, y pareció querer clavarla en su boca. Cavanagh sacó un paquete de cigarrillos, y encendió uno. Los dos estaban silenciosos, como absortos, sombríos.

De pronto, Pitzer apuntó con la pipa a Cavanagh.

—No voy a consentir esto mucho más allá, se lo advierto.

—Cálmese. Todo va bien, ella está perfectamente.

—Cavanagh: los dos somos amigos de Brigitte, usted y yo somos buenos amigos además de que usted es mi jefe… Muy bien. Pero se lo advierto: no consentiré esto mucho tiempo más. ¿Está claro?

Mr. Cavanagh frunció el ceño, y su gesto se tornó mucho más sombrío. No parecía tener intención de contestar, así que Pitzer añadió:

—Y otra cosa: voy a avisarlo a él. Y usted sabe que si Número Uno viene a Estados Unidos, no quedará piedra sobre piedra. Lo sabemos muy bien los dos, ¿no es cierto?

Cavanagh asintió.

Sí, habría que hacer algo, y pronto, costase lo que costase, porque, a fin de cuentas, tampoco él estaba dispuesto a que el riesgo continuara pesando sobre la persona de Brigitte Baby Montfort.

Capítulo V

Brigitte abrió los ojos, y los dejó fijos en el techo de vigas de roble. Parpadeó. ¿Vigas de roble? Cerró de nuevo los ojos… Vigas de roble. Pero… ¿no era blanco el techo de su habitación? Completamente blanco, liso, raso.

Abrió de nuevo los ojos.

No vio por parte alguna las rosas rojas que tío Charlie le había llevado. Ni la ventana en la que se veía el resplandor del sol. En definitiva, no estaba en la habitación de la clínica de la CIA, sino en un salón amplio, lujoso, confortable, evidentemente de una hermosa casa, de una quinta de lujo.

Ni siquiera estaba en la cama con aquel bonito camisón azul, sino en un sofá, y completamente vestida. El mismo vestido que cuando llegó a la Central.

Se sentó en el sofá.

Muy bien, ya estaba soñando de nuevo. Se pasó las manos por la cara, frotó con fuerza los párpados. Luego, miró de nuevo alrededor. Y su ceño se frunció.

—No estoy soñando —dijo en voz alta—… No estoy soñando, pero sí es posible que me esté volviendo loca.

Se puso en pie, y se acercó al ventanal del salón. Afuera, un hermoso jardín lleno de flores que salpicaban una gran extensión de césped le ofreció la hermosura de la tarde estival. Había una piscina. Y grandes árboles…

Se volvió rápidamente hacia la puerta del salón cuando su fino oído percibió las pisadas. Tres hombres, de unos cincuenta años todos ellos, aparecían en aquel momento en la puerta. El que iba más adelantado, sonrió amistosamente.

—Ya ha despertado… ¿Con quién hablaba? Nos ha parecido oír su voz.

Brigitte parpadeó. Continuaban los sueños. Bueno, al menos

aquellos tres desconocidos no parecían tener intenciones adversas hacia ella, sino todo lo contrario. Eran muy amables, sonrientes… Incluso parecían obsequiosos.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó.

Los tres se quedaron mirándola estupefactos. Acto seguido, uno de ellos sonrió.

—Esperamos que haya descansado bien, Baby.

—He descansado perfectamente, me encuentro magníficamente, razono admirablemente…, pero no les conozco a ustedes. ¿Quiénes son?

—Bueno, esto es sorprendente, de veras. ¿Se encuentra usted bien?

—Escuchen, si no aclaramos esto van a saber ustedes cómo las gasta Baby cuando se enfada. Ya estoy harta de este juego… Sé que no estoy dormida.

De nuevo la expresión estupefacta en los tres hombres.

—Claro que no está dormida —dijo uno que no había hablado hasta entonces—. Pero lo ha estado hasta ahora, y nosotros hemos estado esperando fuera de aquí para no molestarla. En cuanto a nuestros nombres, pues… nos sorprende usted, señorita Montfort: hasta ahora, no ha sido usted partidaria de conocerlos…, aunque en ocasiones eso haya sido inevitable.

—¿Son ustedes tres Simones?

—No exactamente. ¡Vamos…! ¡Usted sabe perfectamente que representamos al Consejo Consultivo de la CIA! Hemos estado hablando antes mucho rato… ¿De verdad no nos recuerda?

—No.

Los tres hombres cambiaron miradas de desconcierto.

—Bueno… Espero que sí recuerde, al menos, que fue traída aquí esta mañana por un helicóptero, que tomamos un aperitivo, que almorzamos juntos cambiando las primeras impresiones… Luego, continuamos la charla, pero a usted le entró tanto sueño que…

—Eso es mentira. Y una estupidez: yo nunca me duermo conversando.

—La verdad —intervino el tercero—, no comprendemos su actitud de ahora. No tiene sentido.

—O sea, que me he vuelto loca.

—¡No he dicho eso…! —protestó el hombre—. Pero

sinceramente, no la comprendemos.

Brigitte los fue mirando, lenta y escrutadoramente, de uno en uno. Los tres parecían personas de categoría, con trajes de máxima calidad, sobrios, elegantes. Gente importante. Inteligentes. ¿Miembros del Consejo Consultivo de la CIA? Encajaban. Sí, podían serlo. ¿Por qué no? Pero lo cierto certísimo era que ella nunca los había visto antes en toda su vida, que no había hablado anteriormente con ellos, que no había almorzado en su compañía, y, desde luego, la mentira más grande de todas era la que implicaba que ella se había quedado dormida o poco menos mientras conversaban… Conversaban ¿de qué?

—¿De qué estábamos hablando cuando me entró sueño? —preguntó de pronto.

Los tres hombres suspiraron con evidente alivio. El que parecía dirigir el terceto sonrió.

—¡Caramba, nos tenía asustados…! Ha sido una divertida broma la suya.

Brigitte también sonrió, y regresó hacia el sofá, sentándose en el centro.

—¿Me invitan a fumar? —pidió.

El portavoz del grupo se apresuró a ofrecerle un cigarrillo, y se lo encendió. Ya fumando, la espía miró amablemente a los tres expectantes consultores de la CIA.

—Les escucho, caballeros.

Los tres hombres se sentaron. También encendió un cigarrillo el portavoz del grupo.

De pronto, comenzó a hablar:

—El tema que quedó a medias —murmuró— se refería a la OTAN. Este organismo tiene su propio sistema de inteligencia, en su mayor parte, claro está, bajo el control de la CIA, lo cual es admitido muy a regañadientes por determinados países miembros de la OTAN. Para complacer a esos determinados miembros, la CIA debería retirar su personal introducido en la OTAN, y permitir que el servicio de inteligencia de ésta funcionase sólo con sus propios agentes.

—Eso parece razonable —dijo Brigitte. El portavoz del terceto torció el gesto.

—Razonable para unos, pero inconveniente para la CIA.

Esperamos que usted sepa perfectamente que no queremos dejar un solo palmo de espacio terrestre sin controlar, señorita Montfort.

—Sé perfectamente que la CIA es el pulpo mundial. Pero la petición de esos países miembros de la OTAN me parece razonable.

—Sí, eso encaja con el modo de ser de usted, pero el hecho es que la CIA no está dispuesta a perder su control sobre la OTAN. Por consiguiente, se ha ideado un plan que requiere la colaboración de usted.

—¿Qué clase de colaboración?

—La idea base consiste en retirar a nuestros hombres que en la actualidad están introducidos en la OTAN. Digamos que serían retirados casi todos. Y digo «casi todos» porque si los retirásemos todos, la OTAN se mosquearía, se mostraría incrédula…

—Usted quiere decir la parte de la OTAN representada por esos miembros disconformes con la intervención de la CIA —sonrió irónicamente Brigitte.

—Sí, por supuesto. A fin de evitar ese mosqueo, dejaríamos sólo unos pocos hombres, apelando a la comprensión de esos miembros, que sabemos que aceptarían esa pequeña… cuña de la CIA. Pero la CIA no quiere dejar tan pocos hombres en la OTAN, de modo que, acto seguido a la retirada de la mayoría de nuestros agentes, se procedería a una… reestructuración de nuestra red en la OTAN.

—Lo que significa que si por ejemplo ahora tenemos cien hombres en la OTAN, dejaríamos sólo diez…, para acto seguido incrustar ciento noventa, o doscientos noventa. Hombres nuevos, desconocidos, bien amparados por otros cometidos; hombres de los que nadie sospecharía que estaban trabajando en definitiva para la CIA.

—Exactamente. Es cómodo conversar con usted… cuando no bromea.

—Gracias. Tenemos, pues, que vamos a retirar noventa hombres para acto seguido colocar ciento noventa…, y esto, dentro de un organismo que no sólo lo forma un bloque de naciones amigas, sino que, prácticamente YA está controlado por Estados Unidos.

—Eso pretendemos.

—¿Y qué puedo hacer yo al respecto?

—La Junta Central ha pensado en usted para que organice esa nueva red dentro de la OTAN.

—Agradezco la deferencia y la confianza. Bien, estudiaré más detenidamente ese tema. ¿Qué más tenemos?

—El proyecto de desestabilización política y social en un país del Sudoeste de Europa que…

—¿España?

—Sí. El poder está detentado prácticamente por la derecha, en términos generales, pero los socialistas están ganando demasiado terreno. Hace unas semanas, en las elecciones municipales, los socialistas fueron mayoría. Esto resulta… incómodo, tanto para el actual Gobierno en el poder como para nosotros, los norteamericanos.

Brigitte alzó las cejas.

—Tengo entendido que España ha pasado… o está pasando a ser una democracia. ¿Estoy mal informada?

—No. Pero la democracia de España no es de las que nos gustan a nosotros. Quisiéramos las cosas más claras, más… contundentes para nuestros intereses, o, por mejor decir, los intereses de determinado sector económico norteamericano, a cuyo frente está uno de los hombres más relevantes de Estados Unidos.

—¿Qué hombre?

—Vamos, vamos… Usted no suele hacer esa clase de preguntas.

—De acuerdo. ¿Cuál sería mi participación en esa desestabilización política y social en España? ¿Y por qué medios se ha pensado llevarla a cabo?

—Se estaba pensando en una táctica de subversión por medio de la cual pareciese que Rusia estaba… incordiando en todo el territorio español utilizando el terrorismo y la agitación social a fin de enemistar a España con Estados Unidos; esto daría lugar a una reacción popular de antagonismo hacia el socialismo y de un nuevo acercamiento a nuestro propio sistema democrático.

—Entiendo, entiendo. Pero ¿qué tendría que hacer yo?

—Organizar un numeroso grupo de agentes nuestros que habla ruso y español y prepararles los planes de acción adecuados a la consecución de esos propósitos.

—¿Realmente han pensado en mí para esa porquería?

—Comprenderá que no íbamos a recurrir a agentes de segundo orden. Además, usted habla español… Quiero decir, español de España, no español suramericano. Y tiene amigos que…

—Tema desestimado.

—¿Desestimado? Pero…

—He dicho desestimado, señor. Es una porquería en la que no tomaría parte de ninguna manera, y ustedes deberían saberlo. Además, cuando digo porquería lo hago para no utilizar otra palabra más adecuada pero maloliente que siempre procuro no pronunciar, aunque sólo sea por… estética oral. ¿Siguiente tema?

—Pero, señorita Montfort…

—Siguiente tema, por favor.

—Bien… Tenemos el asunto del señor Nixon…

Brigitte alzó las cejas, como perpleja.

—¿Nixon otra vez? —inquirió.

Los tres la miraron sorprendidos.

—¿Otra vez? Que nosotros sepamos, el señor Nixon no ha sido mencionado hasta ahora en esta reunión.

—Yo me entiendo. ¿Qué ocurre con el señor Nixon?

—Al parecer, pretende… reanudar de algún modo su vida política. Por el momento, sabemos que su colaborador Bill Safiro está haciendo determinadas declaraciones al respecto. Mientras tanto, el señor Nixon ha alquilado un apartamento en Manhattan, se dice que con el pretexto de estar más cerca de sus hijos y nietos, pero obviamente piensa utilizarlo como… cuartel general para su maniobra de regreso a la vida política… Usted es amiga del señor Nixon, ¿no es cierto?

—Estoy enfadada con él, por deshonesto y sobre todo por tonto.

—Bueno, pero digamos que él la tiene a usted en alta estima, ¿no es así?

—Supongo que sí, pese a todo. ¿Van a encargarme que me dedique a intentar disuadirlo de sus propósitos?

—Todo lo contrario.

—¿Cómo, todo lo contrario? —se sorprendió realmente la divina espía.

—Todo lo contrario —sonrió su principal interlocutor—… Como usted bien sabe, el señor Nixon conserva ciertas amistades, que, posiblemente, ha seguido cultivando por simple astucia y conveniencia. Por ejemplo, el *Sha* de Irán, algunos personajes de la política china, ciertos políticos norteamericanos… La CIA ha pensado que sería… muy interesante saber qué piensa y qué hace el

señor Nixon a partir de este momento, con vistas a su posible utilización como agente de altos vuelos.

—¡Cielos…! ¿De verdad pretenden convertir al señor Nixon en un… espía?

—Un espía muy especial, naturalmente. Claro que, antes de hacerle proposiciones más o menos directas al señor Nixon, tendríamos que conocer con cierta exactitud sus propósitos al regresar al mundo de la política. No queremos dar ningún paso en falso.

—¿Pretenden que sea yo quien le haga las proposiciones a Richard?

—No, no… Bastaría que usted entrase a formar parte de su grupo de colaboradores. No sólo él la estima, sino que es usted la periodista más prestigiosa de Estados Unidos. Tenemos la convicción de que el señor Nixon tendría un ataque de alegría si usted fuese a ofrecerse como colaboradora suya para asuntos de prensa y, digamos, relaciones públicas en general. Él confiaría en usted ciegamente…, y naturalmente, nosotros confiamos en que usted nos tendría informados con todo detalle de la trayectoria y planes del señor Nixon. Sabemos que la gente importante de Manhattan no ha acogido con agrado tener al señor Nixon como vecino, y es de suponer que se le hará un vacío muy molesto; incluso puede encontrar abiertos antagonismos… Richard Nixon agradecería muchísimo que una personalidad como usted, conocida y querida en Manhattan, en toda Nueva York, y en resumen, en todo el país, se pusiera de su lado. No sólo por su calidad profesional, sino por el prestigio que esto otorgaría a su vuelta a la lucha. Sí, tenemos la certeza de que el señor Nixon la recibiría con los brazos abiertos.

—A cambio de lo cual, yo le traicionaría.

—Bueno, no hay que…

—¿No sería una asquerosa traición personal?

—No hay ninguna necesidad de emplear palabras tan… desagradables. Y al fin y al cabo, el señor Nixon está acostumbrado a estas cosas, ¿no le parece?

—Quizás él esté acostumbrado, pero yo no, señor.

—Sería un trabajo más de la agen…

—No. No haría eso por nada del mundo. Y por dos motivos.

Uno, porque no pienso prestar nunca mi colaboración a quien ya hace tiempo decidí retirársela. Dos, porque esa clase de juego con una persona que, precisamente, me estima, no va con mi temperamento ni con mi mentalidad.

—Sin embargo, si pudiera usted…

—He dicho que NO. Otro tema.

—El tema de Nicaragua. Aunque, en líneas generales, como es natural, estamos arreglando las cosas de modo que no perdamos totalmente el control secreto de ese país, hemos pensado que si organizásemos allá un grupo selecto de los políticos que actualmente…

—No. Eso es insidia e ingerencia. Rechazado. ¿Qué más?

Los tres consultores de la CIA cambiaron una mirada. Uno de los que apenas hablaban, murmuró:

—Francamente, señorita Montfort, esperábamos de usted más colaboración general.

—Pues deben de estar tontos, caballeros. ¿Desde cuándo la CIA se atreve a proponerme porquerías que, de antemano, sabe que voy a rechazar…, tal como he venido haciéndolo durante más de quince años? ¿Qué está ocurriendo? ¿Creen que yo he cambiado? ¿Por qué piensan eso? Santo cielo, ¡¿por qué me están proponiendo tantas porquerías?!

—Señorita Montfort, estamos hablando de proyectos, de planes de la CIA… de la que usted forma parte.

Brigitte quedó pasmada.

Luego, hizo un gesto poco corriente en ella, por vulgar y cómico: se puso una mano tras una oreja, y adelantó ésta, aumentada su capacidad de recogida acústica por la mano, ahuecada.

—¿Cómo dice usted? —sonrió—. ¿Que yo formo parte de qué?

—De la CIA… ¿No?

Brigitte retiró la mano de su orejita, y movió la cabeza, con gesto de perplejidad, sin dejar de mirar al hombre.

—¿Saben…? A ustedes no los había visto nunca en esas… divertidas reuniones que de cuando en cuando organiza la Junta Central o la Consultiva… Lo que significa que son nuevos en estos asuntos. Esto me parece normal, ya que en toda organización o grupo, el personal se va renovando. Muy bien, los acepto como lo que dicen ser. Pero ¿de verdad les han encargado que traten todos

estos temas conmigo? ¿De verdad no han sido advertidos de que iban directos al fracaso total? ¿De verdad no han sido informados de cómo soy yo y cuál es mi auténtica vinculación con la CIA?

—Bueno, creemos estar bien informados de…

—NO están bien informados. YO les voy a informar: la CIA y yo realizamos… convenios temporales y unitarios por medio de los cuales yo le presto mis servicios cuando el asunto merece mi aprobación. A cambio de eso, recibo ocasionalmente determinadas cantidades, por supuesto muy importantes, y tengo el privilegio de disponer de los hombres y material de la CIA en todo el mundo cuando los necesito, siempre con mando absoluto allá donde estoy operando. ¿No sabían esto?

—Sí, pero…

—Pues parece que no lo sabían… Pero ustedes me caen bien, pese a todo —sonrió—, de modo que olvidaré que han dicho que yo formo parte de la CIA, y seguiremos conversando como si esas palabras no hubieran sido pronunciadas. Tema de Nicaragua rechazado… ¿Cuál otro tema tenemos ahora?

El portavoz sacó un pañuelo, y se lo pasó por la frente, que relucía de finas gotitas de transpiración.

—Bien… Está el asunto de… de los cuatro hombres que nos han capturado en Argentina…

—Perdón. ¿Quiere usted decir cuatro Simones?

—Sí, sí, claro. Normalmente, ellos operaban con cierta… impunidad, pero en esta ocasión las autoridades argentinas no han podido hacer la vista gorda, y han tenido que guardar las apariencias deteniéndolos. Nosotros, para guardar esas apariencias también, deberíamos organizar un… un comando destinado a recuperar esos cuatro agentes, digamos a la brava, con el fin de evitar que sea demasiado evidente la buena… armonía entre unos y otros. Si usted quisiera dirigir esa operación en Buenos Aires…

—No.

—¿No? —Se pasmó el portavoz—. ¿Ha dicho que no? ¡Estamos hablando de la libertad de cuatro Simones!

—No hay ninguna necesidad de hacer teatro con el que no engañaremos a nadie, pero que podría costar alguna vida aunque fuese por accidente o torpeza de alguno de los participantes en la comedia. Comuniquen a la Junta Central que mi opinión es que

debe negociarse directa y abiertamente la recuperación de esos hombres, pero sin mencionar sus nombres. Asunto zanjado. ¿Más temas?

El portavoz volvió a pasarse el pañuelo por la frente, Brigitte lo miraba con divertida simpatía.

—¿Se encuentra mal, señor?

—No… No, no. Yo… yo creo que… voy a beber algo.

—Me parece bien. Yo también bebería algo…, aunque mucho me temo que no habrán tenido la atención de traer a esta casa una botella de Dom Perignon. ¿O sí?

—Pu-pues la… la verdad es que… que sí…

—¡¿No es magnífico?! —exclamó contentísima Brigitte—. ¡Y con toda seguridad debe de estar muy fresco, casi frío, como a mí me gusta!

—Bueno, sí, está… está en el frigorífico, claro…

—Pero hombre, ¿qué están esperando para invitarme a una copa de champaña frío, frío, frío…?

* * *

—¿Cómo se encuentra?

Brigitte miró al médico que ya conocía. Esta vez no estaban ni Cavanagh ni Pitzer, sólo el médico. Y, ciertamente, ella volvía a estar en la confortable cama de aquella lujosa habitación de la clínica privada de la CIA. Por la ventana se veía ahora la negrura de la noche.

—Bien —murmuró—… Estoy muy bien.

—Lo celebro. De todos modos, ha vuelto a tener sueños…, aunque esta vez parecían agradables, no pesadillas que la inquietasen. Precisamente, he venido porque la enfermera me ha asegurado que estaba usted riendo… y bebiendo champaña.

—Sí —sonrió la divina—, estaba bebiendo champaña, en efecto. Lástima que sólo haya sido un sueño.

—Sí, lástima —sonrió también el médico—… Pero lo convertiremos en realidad mañana. Aunque no hace mucho que estoy aquí, ya he sido debidamente aleccionado con respecto a usted: no debe carecer absolutamente de nada, sus deseos son órdenes.

—Gracias…

—¡Por favor…! Bien, parece que el *shock* va cediendo muy satisfactoriamente. Y con sinceridad, nos tenía usted preocupados, al principio.

—Siento ocasionar tantas molestias… ¿Qué hora es?

—Casi medianoche. Vinimos a traerle la cena, pero dormía usted tan profunda y relajadamente, que preferí eso a molestarla con comida. Pero quizá tenga apetito. ¿Sí?

—¿Qué podría comer?

—Cosas ligeras, desde luego. Y nada de alcohol, por ahora. Mañana la invitaremos a una copita de champaña… ¿Qué le apetece ahora?

—Dígame usted el menú adecuado —sonrió Brigitte.

—Veamos… Sí, pescado, desde luego. Por ejemplo, lenguado a la parrilla, un poco de ensalada, fruta… Café, ni hablar. Agua, o quizá jugo de tomate.

—Todo lo que ha dicho, con jugo de tomate, me parece muy bien.

—Espléndido. Me encargo personalmente de eso ahora mismo. Caramba… ¡espero no encontrarla dormida cuando vuelva!

—Me parece que ya he dormido demasiado. ¿Desde cuándo estoy aquí?

—Hace tres días. Para ser más exactos, casi ochenta horas.

—¿Y voy mejorando?

—Afortunadamente, puedo decirle ya que el peligro serio ha pasado. Pero no hablemos de eso ahora. Cuando esté totalmente restablecida recibirá toda clase de datos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Y muchas gracias por todo.

El médico sonrió, y Brigitte quedó sola en la habitación.

Recordaba perfectamente el momento en que el consultor de la CIA había desprecintado y descorchado la botella de Dom Perignon ante ella, y le había servido una copa.

Ella había bebido…, y ya no recordaba nada más. Bien, otro sueño.

Otro de aquellos sueños que le parecían realidad, que recordaba con toda exactitud, gesto por gesto, palabra por palabra, rostro por rostro, detalle por detalle… Incluso recordaba el detalle de que ella, a propósito pero con disimulo, había metido un dedo dentro de la

copa de champaña, mojándolo en éste. Había sido, precisa y exactamente, el dedo índice de la mano derecha, con la que había tomado la copa.

Brigitte Baby Montfort alzó lentamente la mano derecha, la acercó al rostro, y metió en su sonrosada boquita el dedo índice: todavía encontró, con su fino paladar, el sabor a Dom Perignon.

Capítulo VI

Afuera, en el pasillo, Cavanagh y Pitzer miraron inquisitivamente al médico en cuanto éste salió de la habitación de Brigitte.

—¿Y bien? —Gruñó Pitzer.

—Ella está bien.

—¿Ha aceptado el sueño? —preguntó Cavanagh.

—Sí, desde luego.

—¿Y su estado es satisfactorio?

—Sí… Sí.

—¿Sí… o no?

—Lo es… todavía. ¡Dios, tiene una mente de hierro! Para mí es asombroso que esté aceptando todo esto con esa serenidad. No he visto nunca nada igual…

—Espere un momento —cortó Cavanagh—: ¿qué ha querido decir con ese todavía?

—No es corriente que una mente soporte estos… desfases entre realidad y sueño. Vuelvo a decir que la mente de ella es de un equilibrio increíble, pero todo tiene un límite.

—Si interpreto bien sus palabras, usted está sugiriendo que deberíamos terminar ya con todo esto… ¿Es así?

—Como médico, opino que no se debe abusar más de la resistencia de esa mente humana. No es prudente. Quizás ella pueda soportar mucho más, pero… no es prudente. Aunque, la verdad, la he encontrado tan serena y tranquila, tan dócil y convencida de que…

—¿Dócil? —exclamó Pitzer—. ¿Ha dicho usted dócil?

—Sí, exactamente.

De pronto, una mueca irónica apareció en el rostro de Charles Alan Pitzer. Pareció a punto de decir algo, pero guardó silencio, Cavanagh le miró, también pareció a punto de decirle algo a Pitzer, pero, de pronto, se dirigió de nuevo al médico.

—En resumen, todos estos… cambios entre realidad y sueño los está asimilando bien.

—Sí. Pero insisto: no hay que abusar.

—Está bien. Gracias, doctor… Vamos, Pitzer.

Poco después, los dos veteranos espías salían de la clínica, ante cuya puerta esperaba un reluciente coche negro con un hombre al volante y otro sentado a su derecha. Pero Cavanagh retuvo a Pitzer por un brazo antes de llegar al coche.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—No sé.

—Vamos, Pitzer, vamos…

—Ella lo sabe ya.

—¿Brigitte? ¿Qué es lo que sabe?

—Sabe que es el centro de un extraño juego.

—Pero el doctor ha dicho que…

—¿Realmente se imagina usted a Brigitte en actitud dócil? Mire, Cavanagh, conozco a esa muchacha como si la hubiera parido. ¿Dócil Brigitte? ¡Y un cuerno! Precisamente esa «docilidad» de ella debería preocuparnos. ¡Y mucho! ¡Dios, si la conozco…! Si ella no supiese ya algo del asunto, toda la clínica estaría cimientos arriba.

Cavanagh sonrió ceñudamente.

—Me parece que tiene razón —asintió—. Pero me pregunto cómo ha podido… sospechar algo.

—Quizás usted, y yo también, llevados por nuestro afecto personal, estamos olvidando que el juego tiene como protagonista a la agente Baby. Y eso es imperdonable. Que ella esté engañando al personal de la clínica, por mucho que hayan oído hablar de ella, pase; pero no a nosotros. No a mí, a «su tío» Charlie. ¿Cómo ha sospechado o sabido algo? Ni idea, pero ella ya sabe algo. Y, ¡por todos los demonios!, me pregunto qué puede estar tramando para mañana por la mañana mientras descansa de tantos… sueños.

—En definitiva, si ella ha comprendido la verdad, o la parte de verdad que esté a su alcance, en cuanto amanezca puede echarlo todo a perder.

—A menos que se le dé una clarísima, rotunda, convincente explicación de todo este juego.

—No podemos hacer eso… ¡Sería peor!

—Quizás. Pero si mañana Brigitte se decide a poner las cartas

boca arriba, esta clínica va a saltar por los aires…, metafóricamente hablando, se entiende.

—Sí, sí, lo entiendo. ¡Pero no podemos decirle la verdad!

—Está bien, de acuerdo. Pero en ese caso, todo lo que podemos hacer es aceptar las consecuencias. Cavanagh, no nos engañemos: tenemos a una pantera encerrada en una trampa de papel. O se le explican las cosas y se detiene el juego, o… Dios se apiade de nosotros. Y estoy hablando en serio.

—Tenemos una salida: convencer a Marsh-Owen para que cese el juego. Si le explicamos que Brigitte, como sea, se ha dado cuenta, tendrá que claudicar ya.

—No me gusta ese hombre —murmuró Pitzer.

—Tampoco a mí, pero no tenemos más remedio que ir a verlo. Lo que no será fácil. A fin de cuentas —torció agriamente el gesto —, nosotros, para él, sólo somos espías.

—Sí, ya sé. Esa clase de gente nos desprecia. Nos utiliza a su antojo, pero nos desprecia.

—¿Qué podría pasar si Marsh-Owen se niega a interrumpir el juego… y Brigitte entra en acción por su cuenta?

—Ella llegaría hasta Marsh-Owen.

—¿Lo mataría?

—Me temo que sí.

—Bueno, quizás estamos exagerando, ¿no le parece? Brigitte, a fin de cuentas, es sólo una muchacha inteligente, pero no una… bruja con poderes especiales.

—Cierto. Pero para que ella llegue a una conclusión, no necesita ser una bruja con poderes especiales. Le basta, precisamente, esa inteligencia que usted ha mencionado. Se la ha sometido a diversos «sueños». ¿Qué cree que hará ella ahora?

—Los analizará —masculló Cavanagh.

—Exacto. Y ahí está la clave. Últimamente, la encontraba un poco… meditabunda, cavilosa. Y eso, a raíz del asunto del Canal URSSA. Nosotros sabemos que el analista Percyval Truman deslizó más información de la que debía durante su conversación con Brigitte. Ella tiene esa información en la mente, pero todavía no la ha separado de la información general de la vida. Si ahora, después de estos… «sueños», se dedica a analizar toda la información recibida en las últimas semanas, llegará a la verdad. Y si Brigitte

llega a la verdad, llegará a Theodor Marsh-Owen. Usted sabe que es así.

—Sí… Está bien, tenemos que conseguir que Marsh-Owen nos reciba cuanto antes. Pediré un helicóptero desde el coche, e iremos a verlo. No le gustará, desde luego.

—Que se joda —gruñó Pitzer—. A fin de cuentas, todo esto es por culpa suya.

* * *

El helicóptero tomó tierra en el grandioso jardín, cerca de la supermagnífica quinta junto a la costa, cuando ya había amanecido. El todopoderoso señor Marsh-Owen se había negado a recibir la visita de «aquellos dos espías» en plena noche. Su descanso era sagrado.

En el helicóptero llegaron Cavanagh, Pitzer, y los dos agentes que antes habían estado en el coche. Uno de estos agentes se quedó en el helicóptero.

El otro, silencioso y discreto como una auténtica sombra, acompañó a sus jefes a la casa. En ésta, y en un fastuoso salón al que un criado acompañó a los espías, estaba esperando Theodor Marsh-Owen, en pijama y batín, ambos de seda natural importada de China.

Alto, todavía hermoso a sus cincuenta y dos años, imponente, impresionante, seguro de sí mismo hasta la altivez, cortés pero frío, distante, casi despectivo, el todopoderoso Marsh-Owen no hizo gesto alguno de alargar la mano hacia sus visitantes, y hasta pareció que la oferta de sentarse la hiciera de mala gana. Pitzer y Cavanagh, que apenas habían dormido aquella noche preparando el diálogo que pensaban llevar a cabo con su anfitrión, habrían agradecido un poco de café, pero ambos tenían demasiado orgullo tan siquiera para sugerirlo. En cuanto al agente de la CIA que les acompañaba, parecía que ni siquiera estaba allí, apoyado en la pared junto a la doble puerta del salón. Puerta que fue cerrada por el sirviente de Marsh-Owen. Y en cuanto esto sucedió, Marsh-Owen dijo, con tono seco:

—Espero que esté justificado que me hayan hecho madrugar más de la cuenta, señores.

—Creemos que sí, señor —dijo Cavanagh, con tono no menos seco.

Marsh-Owen lo miró con curiosidad, con sorpresa incluso, como si, en el fondo, le divirtiera que un simple jefe de agentes de la CIA hubiese tenido la desfachatez de importunar a medio Washington hasta conseguir la entrevista. En cuanto al otro, al más menudo y de aspecto malgeniado, todavía era menos importante, desde luego. Y respecto al simple agente que estaba junto a la puerta, la verdad era que Marsh-Owen ni siquiera lo veía.

—Muy bien —dijo con tono algo más afable—… ¿De qué se trata?

—Queremos pedirle que disponga el cese del plan que afecta a la agente Baby.

—Ah, eso… ¿Qué ocurre? ¿Algo va mal?

—Hasta ahora, no.

Marsh-Owen alcanzó una caja de nácar con estampaciones en oro y piedras preciosas, la abrió, dejando escapar una alegre musiquilla, y extrajo un delgado cigarro…, cuyo agradable aroma se extendió por el salón cuando lo encendió, mientras seguía sonando la musiquilla. No ofreció de fumar. Simplemente, tras cerrar la caja, preguntó:

—¿Pero puede estropearse algo en el futuro?

—Ese plan, señor, no tiene ya futuro: tenemos el convencimiento de que la agente Baby ha comenzado a… pensar por su cuenta y sobre la realidad.

—Ah, ¿de veras? ¡Esa fastidiosa señorita Montfort…! En realidad, todo este asunto es fastidioso, lo sé. Pero claro, las complicaciones comenzaron debido a la indiscreción de uno de ustedes, ¿no es así? Un tal… ¿Lawrence Truman, creo?

—Percyval Truman[6] —gruñó Cavanagh—. No es propiamente uno de los nuestros en cuanto a su especialidad dentro de la CIA se refiere. Es un analista, y, dadas las circunstancias por las que se relacionó con Baby, no se le puede culpar demasiado de su pequeño desliz informativo. Conversar con Baby no es nada fácil…, señor.

—Conozco bastante bien a la señorita Montfort, ya que pertenece a la alta esfera social del país. Es más, incluso, naturalmente, dada mi vinculación con las altas esferas, en las que viven los grandes dirigentes de la CIA, he sabido que, aparte de ser

una aceptable espía, es bastante… díscola.

—Es peor que díscola —dijo Pitzer—. En cuanto a lo de aceptable espía, señor, puedo recordarle, para no retroceder demasiado en el tiempo, que fue ella quien resolvió, sin derramamiento de sangre y sin escándalo alguno, el gran problema que representó el asunto llamado Canal URSSA, que precisamente ha sido la causa y origen de todo este desagradable juego con Baby. Por si no ha sido informado de ello en las altas esferas en las que usted se mueve, voy a permitirme ponerle al corriente de que Baby es, simplemente, la mejor espía que ha tenido jamás la CIA, y, por supuesto, la mejor del mundo en la actualidad y en el pasado.

—¿Qué le pasa a usted? —sonrió glacialmente Marsh-Owen—. ¿Está irritado por algo?

—Hemos venido a rogarle que se comunique usted con nuestros altos jefes de la CIA para decirles que el juego debe terminar.

—¿Por qué motivo?

—Se lo hemos dicho ya: Baby empieza a comprender. Será imposible continuar engañándola a ella.

—Ya. ¿Se ha realizado la parte importante de los sueños?

—Anoche mismo.

—¿Y alguno más después del sueño que nos interesa?

—No, ninguno más. Y puesto que ya se le ha metido en la cabeza esa parte, solicitamos que todo termine.

Theodor Marsh-Owen estuvo fumando pensativamente durante casi un minuto, mirando ora el humo de su cigarro, ora el cigarro mismo. Por fin, movió negativamente la cabeza.

—No —rechazó la petición—: los sueños deben continuar, aunque sólo sean dos o tres más. No podemos cortar el plan después de «inyectarle» el sueño que me interesa a mí. Eso sería demasiado visto. Que le inyecten dos o tres más. ¿Alguna cosa más, caballeros?

Cavanagh y Pitzer estaban lívidos, como petrificados. Junto a la puerta, el agente de la CIA parecía todavía más estatua que ellos.

—Escuche, señor Marsh-Owen…

—La entrevista ha terminado —dijo éste, poniéndose en pie—. Tengo muchas cosas que hacer en el día de hoy, y no será esa señorita quien distorsione mis planes.

—Está usted cometiendo un error —susurró Cavanagh.

—Tonterías. Yo no cometo errores. Los cometen ustedes.

—En esta ocasión, lo está cometiendo usted. Y sería conveniente que me escuchara…, señor.

—Mire, no tengo tiempo para tonterías… esto… Mmmm…

—Cavanagh —deslizó fríamente éste—… Cavanagh. Él es Pitzer.

—Sí, sí, me informaron de sus nombres, pero los había olvidado, disculpen… Bien, como les decía.

—¡Maldita sea su estampa! —gritó Pitzer, poniéndose en pie con gesto furioso—. ¡Siéntese y escuche a Cavanagh! ¡Es en bien de todos, y especialmente, de usted!

Theodor Marsh-Owen dirigió a Pitzer una congelada mirada, en la que se concentraban el desprecio, el rencor…, y el inicio de unas ideas destinadas a dar una buena lección a aquel desgraciado espía.

—De acuerdo —dijo con tono neutro—, pero sea breve, Cavanagh.

—Lo seré en lo posible. Tengo más interés que usted en terminar cuanto antes esta entrevista, a fin de volver a la clínica y contener a Baby… si es que llegamos a tiempo. Veamos… Hace unas semanas, cuando el asunto del Canal URSSA, el analista Percyval Truman mencionó, entre otras cosas, determinados proyectos del Gobierno norteamericano que, al parecer, habían llegado a conocimiento de los rusos. Uno de esos proyectos es el que nos ocupa: el que hace referencia a determinadas actividades en España destinadas a provocar en ese país un desequilibrio político y social. Ese proyecto, al que para abreviar, vamos a llamar simplemente «Spain», fue ideado casi exclusivamente para proteger los intereses económicos de usted y su grupo de altísimos magnates en España. Grupo que, obviamente, está vinculado a los más altos poderes de Estados Unidos. ¿Cierto?

—Cierto. Siga.

—Para que usted y su grupo supermultinacional obtengan en España los intereses calculados y deseados, las cosas deben ponerse muy mal en ese país. No hasta el extremo de una nueva guerra civil, pero casi. Esto, naturalmente, está en conocimiento de la Casa Blanca y de los poderes que mandan en la Casa Blanca y en el presidente de los Estados Unidos…

—Tenga cuidado con lo que dice, Cavanagh.

—Todos aquí sabemos que estoy diciendo la verdad. Desagradable verdad, pero verdad con todas sus consecuencias.

Bien, como decía, para que usted y su grupo obtengan los enormes beneficios que esperan amasar en España, debe ser puesto en marcha el plan Spain de desestabilización total, y… barrer toda oposición física y mental al actual gobierno favorable a sus proyectos. ¿Una guerra civil? No, no tanto, pero sí un buen… escarmiento, unos cuantos cientos de muertos, inestabilidad, miedo… Ése es el plan Spain. Y justamente de eso habló, un poco atolondrado, Percyval Truman. Luego, asustado, informó de que se le había escapado esa información durante su conversación con la agente Baby. Y en cuanto esto llegó a oídos de usted, dio inmediatamente la orden: la agente Baby debía ser eliminada. Y ello porque usted sabía que si ella se enteraba del plan Spain lo desbarataría, como ha hecho en tantas ocasiones con otros planes y proyectos norteamericanos de… imperialismo político y económico. ¿No fue así, señor Marsh-Owen?

—Sí. Y lamentablemente, esa jovencita sigue viva…, cosa que no me satisface en absoluto.

—Nuestros puntos de vista son simplemente opuestos —dijo Cavanagh fríamente—. Nosotros deseamos que siga viviendo. Y no sólo los espías que estamos aquí, sino muchos miles más, e incluso, el propio Consejo Directivo de la CIA, que le debe a Baby no pocas soluciones a problemas gravísimos. Para la CIA, Baby es mucho más que una espía. Es… un clavo ardiendo dentro de ella, pero, al mismo tiempo, la carta que, cuando es jugada, siempre proporciona el triunfo. Y no sólo esto, sino que, en el ámbito personal, también tiene amigos Baby dentro del Consejo Directivo, por mucho que refunfuñen contra ella en ocasiones. Así pues, cuando usted, utilizando sus canales de las altas esferas, pidió que Baby fuese eliminada, la CIA puso el grito en el cielo. Pero, incluso para la CIA, es usted demasiado fuerte, ya que dentro de la misma CIA hay altos mandos que forman parte del grupo de usted, aparte de su gran poder dentro de la Casa Blanca. De modo que nació un gran dilema: ¿era asesinada o no era asesinada la agente Baby? Usted decía que sí, pero sus amigos de la CIA se resistían. Finalmente, se llegó a un acuerdo: se iba a probar de «desinformar» a Baby sobre lo que sabía respecto al plan Spain, es decir, lo que Truman le dijo tan imprudente o atolondradamente. Y para «desinformar» a la agente Baby, determinados expertos que, por supuesto, no deseaban que

ella muriese, inventaron el juego de los sueños…

—Que sigue sin parecerme radical.

—Ya sabemos que usted preferiría que ella muriese.

—Desde luego. Eso sería mejor que ese plan…, aunque tengo entendido que está funcionando.

—Sí, está funcionando. La agente Baby ha sido repetidamente dormida con gas narcótico de última invención, o drogada con la bebida o la comida, y, para… desorganizar su mente, se le ha hecho vivir hechos increíbles. Todo cuanto ella cree que ha soñado, lo ha vivido realmente. Ha sido colocada en extrañas situaciones, y nuestros hombres más expertos se han ofrecido para representar diversos papeles: Caballo Loco, Custer, el propio padre de ella, Ling Lao… Con tal de no tener que eliminar a Baby, la CIA ha movilizado todos sus recursos, a todos sus mejores hombres, sus más sofisticadas drogas, se han habilitado cabañas, cuartos sucios, mansiones… Todo cuanto Baby ha estado creyendo que eran sueños, eran realidades. Pero, había que conseguir que todo eso fuese considerado por ella como sueños, como pesadillas… Y todo, con el fin de hablarle del plan Spain en el último «sueño»…

—La idea fue de la CIA, no mía.

—Desde luego, Pero hablemos del plan Spain. En el último «sueño», Baby ha sido informada de él, además de otros planes más o menos fantásticos. Se la narcotizó, se la llevó a una quinta, y tres de nuestros más veteranos expertos en relaciones personales, asumieron el papel de consultores de la CIA, y montaron toda la comedia. Esto, como todo lo demás, Brigitte lo ha vivido realmente, pero se trata de hacerle creer que lo ha soñado. Ha sido traída y llevada de un lado a otro, ha sido vestida con mallas negras, desnudada completamente, vuelta a vestir, acostada en la clínica, luego en otro sitio… Señor Marsh-Owen, nuestros hombres han estado jugando cuidadosamente con Baby como si ésta fuese una muñeca…, una querida, amada muñeca que bajo ningún concepto debía resultar lastimada; por eso, se utilizaron balas de fogueo, jugo de tomate en lugar de sangre… A decir verdad, cualquier persona se habría vuelto medio loco ante todo ese tinglado destinado a que cuando todo el juego terminase Baby pensara que lo del plan Spain, simplemente, era uno de los «sueños» o pesadillas que había tenido, y que, en consecuencia, no le prestara atención. Cuando fuera a

darse cuenta, ya no podría impedir nada. E incluso entonces, quizá se limitaría a pensar que ella nunca estuvo en conocimiento del plan Spain, sino que lo soñó, que tuvo premoniciones, pero nada más. Con ello, se conseguían dos cosas. Una y principal, claro: que usted y su grupo consiguieran sus objetivos, sus proyectos sobre España. Dos: que Baby no fuese asesinada, como usted deseaba.

—Todo este tinglado, Cavanagh, fue montado por ustedes, lo repito, no por mí —asintió Marsh-Owen, ceñudo.

—¡Claro que fue montado por todos nosotros, por todos los hombres de la CIA que podíamos colaborar en algo! —Casi gritó Pitzer—. ¡No íbamos a consentir que usted y su grupo de amigos asesinasen a Brigitte!

—Sea como sea —dijo Cavanagh, más tranquilo que Pitzer—, el hecho cierto es que hemos conseguido tener engañada hasta ahora a la agente Baby. Si cesamos ahora en los «sueños», ella no tendrá posibilidad de asir ninguna pista tangible, quedará cuando menos confusa, desorientada, y, ciertamente, no seremos nosotros quienes le digamos la verdad, de modo que usted y su grupo se saldrán con la suya y nosotros tendremos a Baby. Pero todo esto, señor Marsh-Owen, sólo sucederá si terminamos ya con el juego. Si seguimos con él, Baby ya no se dejará llevar por la corriente, sino que pasará a la acción. Y en ese caso, señor, nada habrá servido de nada, porque ella lo descubrirá todo.

—Peor para ella, Cavanagh, porque entonces, definitivamente, ordenaría que fuese eliminada. De modo que si ustedes quieren que esa jovencita siga viviendo, continúen con los sueños hasta volverla tonta o loca, y que no fastidie más. ¿Está claro? O loca, o muerta. Ésa es mi última palabra.

—Señor Marsh-Owen —jadeó Cavanagh—, nosotros no respondemos de lo que puede pasar si todo esto sigue adelante.

—¿Qué quiere decir?

—Nos parece que usted no está debidamente informado sobre las posibilidades de Baby. Si ella…

—¡Ya he perdido demasiado tiempo con ustedes! Yo tengo unos proyectos sobre España, y los llevaré a cabo, le gusten o no a esa señorita. Pero… ¿qué se han creído ustedes? ¡Están hablando con el representante de uno de los grupos económicos más importantes del mundo con amigos en todas partes, incluso con intereses en la Casa

Blanca, y vienen a fastidiarme a las seis y pico de la mañana para hablarme de una espía…! O están ustedes locos, o son imbéciles. ¿Qué es lo que quieren, en definitiva? ¿Que por una mierda de espía mi grupo se resigne a no conseguir sus objetivos nada menos que en todo un país controlado por nuestro poderío económico? ¿Es eso lo que quieren?

—Señor Marsh-Owen…

—¡Largo de aquí! —Marsh-Owen, casi fuera de sí, señaló hacia la puerta del salón, junto a la cual el agente de la CIA, estaba pálido como un cadáver—. ¡Fuera! Y será mejor que se cuiden de ustedes mismos y olviden a esa estúpida, porque si dentro de una semana ella no está loca, estará muerta… ¡Es todo lo más que mi grupo y yo podemos hacer por esa muñeca de la CIA! ¡¿Está claro?! ¡Pues fuera de aquí! Y mucho cuidado con lo que hacen ustedes, se lo advierto, porque a nosotros lo mismo nos da una muerte de una mierda de espía, que seis muertes… o seis mil muertes. ¡Largo!

Cuando el helicóptero se elevó, alejándose de aquella supermansión, el piloto todavía estaba impresionado por el aspecto con que habían aparecido sus jefes y su compañero, lívidos, demudados los rostros, caminando como autómatas.

Comprendió que por el momento no era conveniente hacer preguntas.

Y comprendió, también, que el destino de la agente Baby no era precisamente maravilloso…

Capítulo VII

Durante el corto viaje en helicóptero Cavanagh y Pitzer habían estado cambiando impresiones sobre Theodor Marsh-Owen, su grupo, y el modo de resolver el apuro en que se hallaba Brigitte. Uno y otro habían ofrecido diversas alternativas…, que habían sido rechazadas una tras otra.

La conclusión era terrible: todo lo que podían hacer era continuar el juego por el que se complacía al todopoderoso Marsh-Owen. Pero seguir el juego implicaba a su vez un gran riesgo si, como temía Pitzer, Brigitte había comenzado a pensar en los extraordinarios momentos que se le habían obligado a vivir haciéndole creer que todo eran sueños.

Luego, estaba la alternativa de explicarle la verdad a Brigitte.

Ésta era, ciertamente, una buena alternativa. Los dos estaban convencidos de que lo que a ellos no se les ocurría, se le ocurriría a Baby. Pero fuese lo que fuese lo que se le ocurriese a Baby, no podrían llevarlo a cabo, por la sencilla razón de que en cuanto Marsh-Owen se enterase de que la «mierda de espía» había salido del juego, ordenaría que fuese eliminada. ¿Cuál sería la reacción de los altos jefes de la CIA, en este caso?

A juicio de Pitzer y Cavanagh, los altos jefes de la CIA, a su vez vinculados a los grandes poderes económicos que querían llevar a cabo el plan Spain, tampoco tenían muchas alternativas; habrían de elegir entre MarshOwen y Brigitte Montfort. Una elección que no ofrecía grandes dudas, ya que, aunque ellos, personalmente viejos amigos de la divina espía por más que en muchas ocasiones hubiesen farfullado contra ella, decidiesen la muerte de Marsh-Owen, esto no podría llevarse a cabo: no se trataba sólo de Marsh-Owen, sino de todo lo que éste representaba, y a lo que ellos mismos pertenecían. Así pues, aunque se muriesen de pena y de vergüenza, los altos jefes de la CIA no podrían elegir: muerte a

Baby.

Existía otra alternativa que también fue discutida: decirle a Brigitte toda la verdad, y rogarle que siguiera el juego hasta que Marsh-Owen quedara complacido, con lo que ella seguiría viviendo y nada habría ocurrido…, salvo la puesta en marcha del plan Spain. Pero, si de algo estaban seguros los dos veteranos espías era de que Brigitte no permanecería inactiva mientras en España, o en cualquier otro país, se estaban preparando unas «pequeñas» masacres que serían atribuidas a grupos de terroristas incontrolados. Pedirle a la agente Baby que ella se fuese de compras por la Quinta Avenida mientras sucedía esto, era lo mismo que pedirle a la Luna que cantase una canción.

Finalmente, y cuando, viajando ahora en coche, estaban muy cerca de la clínica, Pitzer aportó todavía otra idea:

—Podríamos matarlo.

Cavanagh lo miró vivamente.

—¿A quién? ¿A Marsh-Owen?

—Naturalmente.

—No —negó Cavanagh, sombrío—… Ese hijo de puta no está solo en esto, no lo olvidemos. Él tiene que haber cambiado impresiones con otros canallas como él mismo. Si Marsh-Owen es asesinado, la vida de Brigitte no valdría un centavo.

—Pero si él muriese, seguramente ese plan Spain no se llevaría a cabo.

—¿Por qué no?

—Es el principal instigador, y el principal interesado económicamente, el que mueve los hilos de ese «negocio» concreto. Ya sabemos que MarshOwen es el que tiene digamos la exclusiva de explotación económica de España, ¿no es así?

—Sí, cierto, pero…

—Si él muere, los demás quedarán desconcertados, y posiblemente abandonen el plan Spain, o cuando menos lo aplacen tanto que Brigitte no tendría necesidad de intervenir, de comprometerse.

—Quizá —reflexionó Pitzer—… Sí, quizás abandonasen o pospusiesen el plan Spain, pero el hecho cierto sería que ellos sabrían que Marsh-Owen habría sido asesinado, y la represalia contra Brigitte se produciría de todos modos.

—Maldita sea —jadeó Pitzer—… ¡Pues matémoslos a TODOS!

—No podemos hacer eso tampoco —sonrió agriamente Cavanagh, que comprendía perfectamente el estado de ánimo de Pitzer—… No sólo por la gran cantidad de asesinatos que tendríamos que perpetrar, sino porque estaría fuera de lugar que asesinásemos a esa gran cantidad de personas vinculadas con la Casa Blanca y, en resumen, con todos los poderes económicos y políticos del país. Para ellos, esto de España es sólo una jugada económica más. Es una canallada, pero nosotros no podemos asesinar a todas esas personas.

—¡Maldito hijo de mala madre…! ¡Ojalá se muriese!

—Sí —asintió Cavanagh—, sería una buena solución que el señor Marsh-Owen falleciese repentinamente, pero no creo que eso vaya a suceder: su aspecto era de lo más sano. Esa gente sabe cómo cuidarse, no le quepa duda.

—¡Y mientras tanto, Brigitte y otros muchachos jugándose la vida por ellos y haciendo cochinadas en todo el mundo!

—Ya sabíamos eso hacía tiempo, ¿verdad? —murmuró Cavanagh—. La CIA no es más que uno de los organismos al servicio del gran poderío económico secreto norteamericano. La CIA y todo lo demás, naturalmente.

Y nosotros, en definitiva, Pitzer, trabajamos para ellos. No trabajamos realmente para un engrandecimiento o protección de la patria, sino para esos poderes económicos que son los que deciden las guerras y todo lo demás que ocurre en el mundo. Eso no lo ignorábamos, ¿verdad?

—No… No.

—Sólo que ahora resulta más doloroso, ahora que estamos sintiendo el pellizco de ese poder en nuestros sentimientos y afectos. Brigitte también comprendió eso hace tiempo, y es por ello que no quiere formar parte de la CIA, sino, simplemente, trabajar para ella si la ocasión es un mínimo de decente. Sólo nos queda una solución.

—¡Ah! ¿Realmente hay alguna solución? ¡Creí que ya las habíamos analizado y rechazado todas!

—Ésta ha sido mencionada, pero rechazada también. Sin embargo, deberemos insistir en ella: decirle la verdad a Brigitte, y hacerle comprender que ni ella ni nosotros podemos hacer nada con

respecto al plan Spain. Es una muchacha inteligente, ¿no es así?

—No aceptará. ¿Inteligente? Lo es muchísimo, pero todavía es más cabezota que inteligente.

—Sí, es cabezota, pero su inteligencia vencerá en la lucha: tendrá que comprender que hay ocasiones en que es imposible nadar contra la corriente… Me parece que estamos llegando.

—En efecto, señor —murmuró el agente que conducía el coche.

Pocos segundos más tarde, el coche entraba en el recinto ajardinado de la clínica, y finalmente se detenía ante la entrada al discreto edificio. Los dos agentes que iban en la parte delantera del coche se volvieron a mirar a sus jefes, que no se movían del asiento.

De pronto, Cavanagh dijo:

—Y hay otra cosa que no debemos olvidar: hemos… incomodado grandemente al señor Marsh-Owen.

—¿Qué significa eso? —Alzó las cejas Pitzer.

—Significa que esa clase de gente no está acostumbrada a ser incomodada, y que, en definitiva, podría decidir, en un golpe de ira, dar la orden de matar a Baby, y terminar así con las molestias que este asunto le está causando. A fin de cuentas, Pitzer, no olvide lo que él piensa de Brigitte, y de todos nosotros: sólo somos una mierda de espías a su servicio, que pueden ser sacrificados cuando le convenga.

Pitzer se pasó la lengua por los labios, y aspiró hondo. Cavanagh movió la cabeza, le dio una palmada afectuosa en una rodilla, y señaló al exterior.

—Vamos a ver si conseguimos llegar a un acuerdo con nuestra Brigitte: no tenemos otra alternativa.

—¿Le importaría que pidiésemos el relevo, señor? —preguntó el conductor.

Cavanagh lo miró sorprendido.

—¿Le ocurre algo, Jeremy?

—No, no señor, en absoluto. Simplemente, estoy un poco cansado, y considero más conveniente retirarme a descansar que no cumplir mi trabajo adecuadamente.

—Lo mimo digo, señor —murmuró el acompañante de Jeremy.

—¿Usted también está cansado, Brian?

—Sí señor. Hemos estado toda la noche en danza, y tal como dice Jeremy, dos compañeros descansados resultan más adecuados.

Cavanagh tuvo que comprender la petición de los dos espías. Pero, en el fondo, no pudo evitar sentir una considerable irritación hacia ellos. ¿Cansados? Bueno, ¿y cómo se creían Brian y Jeremy que se encontraban Pitzer y él mismo? También ellos habían pasado la noche en danza, a base de café y devanarse los sesos en busca de una solución. Y tenían el doble de la edad de aquellos muchachos altos, fuertes, bien entrenados, bien alimentados y poco explotados físicamente…

—Está bien —asintió—. Utilicen la radio para pedir el relevo, y pueden retirarse.

—Gracias, señor.

Salió del coche en pos de Pitzer, cuya irritación era más evidente que la de él, y no pudo dejar de manifestarla verbalmente cuando estaban subiendo la amplia escalinata hacia la entrada.

—¡Jodida juventud…! Se pasan una noche en vela y ya piden el relevo.

—Están en su derecho —contemporizó Cavanagh.

—¡En su derecho…! Saben que estamos con la vida de Brigitte pendiente de un hilo, y ellos se cansan. ¡Mierda!

—Cálmese. Sobre todo, tenemos que dar a Brigitte la impresión de que las cosas no están tan mal. Aunque será inútil: ella lo comprenderá todo en cuanto empecemos a hablar. Porque eso es lo que hemos decidido, ¿no? Nada de someterla a más presiones mentales, a más tonterías: la verdad, y a intentar convencerla.

—Será inútil…, pero tenemos que intentarlo.

Un minuto más tarde, los dos entraban en la habitación de Brigitte Baby Montfort. Y respingaron a la vez cuando vieron la cama vacía. Pitzer lanzó una exclamación, y se precipitó hacia el cuarto de baño de la habitación. Echó un vistazo, y exclamó:

—¡No está!

—Cálmese. Seguramente ha salido a dar una vuelta por las demás habitaciones, para hacerles pasar un rato agradable a los agentes que están internados por enfermedad o por heridas.

—Sí, es cierto —resopló Pitzer—… Eso es propio de ella. ¡Demonios, qué susto me he llevado!

—Llamaremos a la enfermera para que nos diga dónde está.

La enfermera apareció a los pocos segundos de ser pulsado el botón de llamada. Al ver la cama vacía, quedó boquiabierta, y

Cavanagh y Pitzer palidecieron simultánea y bruscamente, comprendiendo. Pero se resistieron hasta el último segundo:

—¿Dónde está Baby? —preguntó Cavanagh—. ¿Ha salido para visitar a algún otro internado?

—No… No señor, no ha salido.

—Entonces, quizás esté debajo de la cama —sugirió Pitzer, con voz que temblaba de ira.

—No… No señor… Bu-bueno, ella no… no ha salido…

—Tranquilícese —murmuró Cavanagh—. Sea lo que sea lo que haya ocurrido, no es culpa suya. Echaremos un vistazo al armario.

El propio Cavanagh abrió el armario de la habitación. En una percha, cuidadosamente colgado, vieron el camisón azul de cama. Esto era todo lo que había.

—Dios se apiade de nosotros —jadeó Cavanagh—… ¡No están sus ropas, ni sus zapatos…, ni su maletín!

—Debe de haber saltado por la ventana… ¡Y no la han visto esos idiotas de ahí fuera…!

—Por… por la ventana es… imposible —tartamudeó la enfermera—: hay… hay casi cinco metros de… de altura…

Pitzer y Cavanagh la miraron compasivamente.

—Tranquilícese —insistió Cavanagh—… ¿Cuánto hace que la vio usted por última vez?

—Cuando le traje el desayuno, a eso de las ocho…

Cavanagh y Pitzer miraron su reloj a la vez: eran las nueve y diez de la mañana. Una hora de ventaja. Era como perseguir al viento. Pitzer se sentó en una de las butacas, y se llevó las manos a la cabeza. Cavanagh movió la suya, haciendo oscilar su larga cabellera leonina.

—En una hora, puede estar en China…, por decirlo de algún modo. Pero no puede haber escapado a pie. Seguramente, ha robado uno de los coches. Vamos a ver cuál falta en el garaje, y daremos orden de que todo el personal disponible organice una batida en su busca. Que la detengan sea como sea.

—¿A quién? —dijo Pitzer—. ¿A Baby?

—Algo tenemos que hacer —gruñó Cavanagh—. Vamos.

Quince minutos más tarde, el desconcierto se sumaba a la preocupación en todo el personal de la clínica: no faltaba ningún coche, nadie había visto a Baby por los pasillos del edificio, ni por

el jardín. Toda la clínica fue registrada velozmente por el personal médico y el auxiliar de seguridad. Nada.

—Pues ni es invisible ni ha podido marcharse volando —dijo el director de la clínica, en cuyo despacho se hallaban Cavanagh y Pitzer.

Éstos se limitaron a mirarlo sombríamente. Pitzer abrió la boca para hacer un comentario sarcástico, pero en aquel momento apareció en el despacho la enfermera que atendía a Brigitte Montfort. Estaba demudada.

—¿Qué le ocurre? —exclamó el director de la clínica.

—Ella… ella está… en su habitación…

—¿Qué? —saltó Pitzer en el asiento.

—Yo estaba… estaba en el pasillo, y… y sonó la llamada en su habitación, y… y fui allí, y ella… ella estaba sentada en una de las butacas de su habitación, y me… me ha dicho que les espera a ustedes…

Pitzer y Cavanagh ya salían corriendo del despacho. En pocos segundos irrumpían en la habitación de Brigitte. Ésta, sentada en una butaca con un pequeño bloc en una mano y un bolígrafo de oro en la otra, los miró afectuosamente, sonriendo. Estaba bellísima.

—Buenos días, señor. Hola, tío Charlie.

El director de la clínica asomó la cabeza tras los dos espías.

—¿Dónde estaba usted? —exclamó—. ¡La hemos buscado por…!

—No se preocupe —murmuró Cavanagh—. Todo está bien. Vuelva a su trabajo, por favor.

Cerró la puerta, y fue a sentarse en otra butaca. Pitzer se sentó en el borde de la cama. Brigitte, que miraba de uno a otro siempre amablemente, mostró en alto el pequeño bloc.

—He estado realizando unos cuantos análisis, y no gramaticales, precisamente. Por lo general, como ustedes bien saben, no necesito hacer ninguna clase de anotaciones, pero en estas especiales circunstancias en que mi cabeza parece no funcionar como debiera…

—Está bien, está bien —suspiró Pitzer—. ¿Qué clase de análisis?

—Veamos… Lo de Caballo Loco y Custer, claro está, no ha merecido ni cinco segundos de atención por mi parte. Rechazado. Lo de mi padre, más ingenioso y meritorio, me ha entretenido; ha sido una buena labor, por la que deberán felicitar al Simón que

representó a Fritz Bierrenbach. Lo de Ling Lao, me ha hecho comprender que, cuando menos, tenemos en la CIA personal de raza china de la suficiente confianza como para que ustedes no hayan vacilado en dejarle saber que la agente Baby es Brigitte Montfort. Lo de la reunión con el Consejo Consultivo… Ah, esto ya es otra cosa. Analicemos asunto por asunto todos los que me fueron expuestos. El de la OTAN es interesente, pero…

—Brigitte: ¿a qué conclusión ha llegado? —murmuró Cavanagh.

—Quiero saber qué se está tramando con relación a España. Finalmente, he recordado que Percyval Truman mencionó algo sobre el sudoeste de Europa… ¡Esto era lo que me tenía tan pensativa desde hacía días! Y esto ha sido una de las cosas que me han dicho, con el objeto de que cuando «estuviese despierta» incluyese esa información como perteneciente a mis «sueños o pesadillas». Pero de entre todas las cosas que han querido meter en mi cabeza, unas disparatadas y otras lógicas, ésta es la única que existe realmente. Y les aseguro que no han conseguido desconcertarme. ¿Alguna pregunta, señor? ¿Tío Charlie?

—No, ninguna.

—Ninguna pregunta.

—Muy bien. Entonces, formularé de nuevo la mía: ¿qué ocurre… o puede ocurrir en España?

—¿Desde cuándo sabe todo el juego? —preguntó Cavanagh.

—Vaya una pregunta… ¡Desde el principio, naturalmente! Pero al principio tengo que admitir que estaba muy desconcertada, y hasta hubo breves períodos de tiempo que pensé que sí, que todo podían ser sueños. ¡Pero era todo tan absurdo…! En realidad, ustedes ya debían de saber que no conseguirían engañarme, pero al menos, buscaban crear la duda, la confusión en mi mente, para que considerase como… irreal, como comedia, todas las cosas. Finalmente, decidí salir de dudas completamente, y cuando me invitaron a champaña, mojé un dedito en él. Cuando desperté de los efectos del narcótico que contenía la botella, no sentí regusto alguno de champaña en mi boca…, cosa que ya había supuesto, pues debía de estar previsto enjuagarme la boca. Pero cuando me chupé el dedito y noté el sabor a champaña… ¿No es gracioso? ¡La agente Baby chupándose el dedito, como una niña tonta…! ¡Cielos! ¿De quién fue la «brillante» idea de someterme a semejante juego

estúpido?

—Tuvimos que aceptar eso… o su muerte —murmuró Pitzer.

—¿Mi muerte? —Brigitte ladeó la cabeza—. Veamos, sé que fui narcotizada en cuanto llegué a la Central, y que luego he sido narcotizada o drogada otras veces, traída, llevada… Me han estado tratando como a una muñeca. Han jugado conmigo. Está bien… ¿Y todo eso para evitar mi muerte?

—Sí.

—De acuerdo. Ahora tienen sólo dos alternativas. Una: explicarme inmediatamente qué está ocurriendo. Dos: en caso contrario, pensar en el modo de intentar impedirme que salga de aquí ahora mismo. ¿Cuál alternativa eligen?

—La primera —murmuró Cavanagh—. Y esperamos de su buen sentido que acepte la situación en cuanto se lo hayamos explicado todo. Bien, resulta que uno de los peces más gordas de Estados Unidos…

* * *

—¿Qué? ¿Pican?

El atlético sujeto que estaba sentado a la orilla de un riachuelo volvió la cabeza hacia el atlético sujeto que le había hecho la pregunta, y movió negativamente la cabeza.

—No —negó—…, pero picarán. Tengo buen cebo.

—Será interesante ver eso.

Se sentó junto al pescador. El paraje era habitualmente solitario, de acceso difícil, pero, cosa extraña, aquella mañana se estaban congregando allí una auténtica multitud de pescadores o de mirones. En total, había ya en el paraje, habitualmente solitario, no menos de quince hombres, todos ellos jóvenes, atléticos, fuertes, con cara de mala leche en general. Habían llegado, por parejas o en solitario, en coches y motocicletas, y se dedicaban a pescar con un trozo de caña y un hilo cualquiera, o bien a fumar y contemplar el sedante discurrir del riachuelo. No habían sacado todavía ni un solo pez, pero no parecía importarles. Seguían pescando, o fumando, o mirando el río, cambiando de cuando en cuando algún insignificante comentario sobre la pesca, el tiempo o la belleza del solitario lugar. Nadie parecía tener prisa, ni nada que hacer en

especial allí. Simplemente, iban llegando hombres.

Todavía llegó otro más, en poderosa motocicleta, que dejó sobre el soporte, y se encaminó directamente hacia uno de los pocos que pescaban con los improvisados aparejos.

—Jeremy, ¿qué tal?

—Hola, Mike. Bien. Eres el último.

—No he podido venir antes, lo siento.

—Vale, tranquilo. Bueno, la pesca ha terminado…

Capítulo VIII

Terminada la explicación de Cavanagh y Pitzer, éstos y Brigitte se habían dedicado a buscar una solución al problema. Pero las horas habían ido pasando, y nada habían conseguido. Brigitte había presentado docenas de supuestas soluciones, pero todas ellas tenían como consecuencia final la represalia no ya de Theodor Marsh-Owen directamente, sino de su grupo.

Matar a Marsh-Owen era fácil, y la propia Brigitte podía encargarse de ello. Pero una y otra vez, se volvía a lo mismo: el poder económico que Marsh-Owen representaba no toleraría esto, y su réplica sería inmediata.

Cierto, Brigitte podía esconderse en cualquier lugar del mundo después de matar a Marsh-Owen, único medio de impedir la operación Spain. Sí, esta conclusión había sido admitida: si Marsh-Owen moría, el plan Spain sería como mínimo pospuesto, reelaborado, y hasta era posible que abandonado y posteriormente sustituido por otro menos brutal. Pero matar a Marsh-Owen era una locura. Aun considerando la posibilidad de que Brigitte consiguiese huir a cualquier lugar del mundo, existía la posibilidad de toda una serie de represalias no sólo directamente contra ella, contra su vida, sino contra sus amigos. Y por último, la represalia que acabaría de convertir a la señorita Montfort en la pieza de caza más perseguida del mundo: informar a los rusos, chinos, y demás servicios secretos del mundo, que la siempre tan secreta y tan odiada agente Baby era la señorita Brigitte Bierrenbach Montfort, residente en Nueva York, periodista…, y de la que se adjuntarían fotografías y toda clase de señas personales, trucos y recursos.

Estaba anocheciendo ya, y la solución seguía sin ser hallada. Esta vez, la agente Baby había chocado contra el más poderoso obstáculo en toda su carrera de espía: los intereses económicos de los grupos dominantes de su propio país. Esos intereses que tantos

sinsabores estaban causando en todo el mundo.

Y por primera vez en su vida Brigitte tenía la sensación casi física de tener las manos atadas.

De pronto, Brigitte, que estaba mirando por la ventana hacia el ya oscuro jardín, se volvió.

—Muy bien —dijo—: correré el riesgo.

Pitzer y Cavanagh la miraron sobresaltados.

—¿Qué dice? ¿Qué riesgo? —exclamó Pitzer.

—Tío Charlie, me he pasado la mayor parte de mi vida intentando evitar cosas como ese plan Spain. He evitado muchas, con riesgo de mi vida. ¿Por qué no arriesgarla esta vez también?

—¿Qué está pensando? —murmuró Cavanagh.

—Dando por sentado que voy a correr el riesgo, tengo dos modos de resolver el problema. Uno: avisar a determinadas personas de España sobre lo que se está preparando allá. Dos: ir a matar a Marsh-Owen. Y puestos a elegir, me quedo con la segunda alternativa: sabemos muy bien que sólo eliminando a ese hombre detendremos el plan Spain aunque sólo sea temporalmente.

—Si matamos a Marsh-Owen, la vida de usted no valdrá nada. Ya hemos discutido eso.

—Muy bien, ¡pues que no valga nada! Tienen que entenderlo: no puedo hacer otra cosa, no sería consecuente conmigo misma. ¡Toda mi vida me he arriesgado por cosas como ésta, y no pienso acobardarme en esta ocasión!

—Pero, Brigitte, en esta ocasión, usted no tiene ningún recurso de escapatoria. Las otras veces era diferente, contaba usted con el apoyo de la CIA, nadie sabía que era usted quien había operado en tal o cual sitio, era retirada inmediatamente del país en cuestión, protegida… Esta vez es diferente: ¡quien querría matarla está dentro de casa, y sabe muy bien quién es usted, y…!

—No me importa. Voy a ir a matar a Marsh-Owen, eso es todo. Pero lo voy a hacer… de modo especial.

—¿De modo espacial? ¿A qué se refiere?

—Lo voy a «suicidar».

Pitzer y Cavanagh quedaron estupefactos. Luego, a la vez, lanzaron una exclamación.

—¡Eso es imposible! —saltó Pitzer—. ¡Ni siquiera podría usted acercarse a él! Desde luego, puede matarlo a distancia, eso no sería

problema para usted, sólo necesitaría un rifle de mira telescópica… Bueno, sé que se le ocurrirían mil modos. Pero no podría nunca «suicidarlo».

—Y además, ¿cuál sería la diferencia? —objetó Cavanagh—. El hecho sería el mismo: Marsh-Owen habría muerto, y los demás de su grupo…

—No harían nada —sonrió Brigitte—… ¿Se lo imaginan? Si Marsh-Owen se suicidase, no podrían acusarme a mí, ni a nadie. En cambio, quizá pensarían que se había vuelto loco, o que sentía remordimientos, o cualquier otra extraña cosa… Como fuese, por muchas vueltas que le diesen al asunto, persistiría siempre el enigma de los motivos por los que se había suicidado. En cuanto a mí, ya nos las arreglaríamos para que quedase bien sentado que yo ni siquiera me había acercado a él, prepararíamos una coartada perfecta. Pensarían que Marsh-Owen se había suicidado, y punto final. ¡Y el plan Spain sería anulado!

Cavanagh y Pitzer estuvieron unos segundos mirándola, como fascinados. Por fin, Cavanagh negó.

—No… No es factible.

—¿Por qué no?

—Podemos decirle dónde está la quinta de Marsh-Owen, y sabemos que usted podría entrar en ella…, pero sería imposible que no dejase rastro alguno. Hay verjas electrificadas, sistema de vigilancia por televisión y hasta radar. Y hay vigilantes armados en el recinto.

—Usted sabe, señor, que yo puedo entrar y salir de cualquier sitio así.

—Sí, lo sé, pero no sería sin dejar algún rastro… Sería vista por las cámaras de televisión, o por algún guardián… Ya sé que podría controlar todo eso, dormir a los guardianes con sus ampollas de gas… ¡Sé que podría entrar, y hasta salir pero no sin dejar rastro! Y por lo tanto, por muy bien que simulase usted que Marsh-Owen se había suicidado, nadie lo creería, y saldrían a por usted. Francamente, la idea no me parece buena.

—¿Y si los guardianes no dijesen nada?

—Ni sueñe en eso.

—¿Por qué no? —sonrió astutamente la divina espía—. Yo, en su lugar, no diría nada.

—No la comprendo.

—Supongamos que, pese a todo el sistema de vigilancia, yo consigo entrar en la quinta de Marsh-Owen, «suicidar» a éste, y escapar. ¿En qué posición dejo a todos los guardianes y todos esos sofisticados medios de vigilancia? ¡Los dejaría en ridículo! ¿O no?

—Sí, pero…

—¿Qué cree que harían esos guardianes cuando viesen que yo, a quien ni siquiera habrían podido identificar, había escapado, y que la persona que debían custodiar y proteger se había «suicidado»?

—Pero ellos sabrían…

—Ellos sabrían que no se había suicidado, sino que había «sido suicidado». Lo sabrían ellos, pero nadie más. ¿Lo dirían? ¿Dirían que una sola persona había entrado en la quinta, había asesinado a Marsh-Owen y luego había escapado? ¿Dirían eso…, o callarían y aceptarían que todos creyesen que Marsh-Owen se había suicidado, con lo que su responsabilidad quedaría a salvo? ¿Qué harían ustedes…? ¿Dirían la verdad…, o dejarían que creyesen que Marsh-Owen se había suicidado, en lo que ellos, naturalmente, no habían podido intervenir?

Cavanagh y Pitzer cambiaron una mirada.

—Demonios —jadeó Pitzer—… ¡Demonios, yo no diría nada, yo dejaría que todos creyesen que él se había suicidado!

—Tampoco, diría nada yo, desde luego —asintió Cavanagh.

—Pues eso es lo que harán los guardianes de Marsh-Owen: callarán, para no caer en el ridículo… ni en el castigo. Si yo dejo algún rastro, ellos mismos lo borrarán. ¡Eso harán!

—¡Eso parece factible! —Se entusiasmó Pitzer.

—Hasta cierto punto —adujo Cavanagh—… Soy el primero en confiar plenamente en las posibilidades y facultades de Brigitte, pero considero imposible que ella sola consiga llegar hasta Marsh-Owen en esa quinta. ¡Es imposible!

—Podríamos utilizar todo un comando de agentes que…

—No —negó Brigitte—. Eso ya sería demasiado comprometido, tío Charlie. No. Lo haré yo sola, porque…

En aquel momento, sonó la llamada a la puerta de la habitación. Brigitte alzó la voz para autorizar la entrada. Un agente de la CIA de los que habían sustituido en el coche de Cavanagh a los llamados Brian y Jeremy, apareció en la puerta, mirando enseguida a

Cavanagh, con expresión extraña.

—Señor…

—Sí, Arnold, pase… ¿Qué ocurre?

—Acaban de dar una noticia por la radio, señor. Wayne y yo la estábamos escuchando en el coche, para no aburrirnos demasiado, y la hemos…

—Bien, bien. ¿Qué noticia?

—Un tal señor Theodor Marsh-Owen se ha suicidado en su quinta, señor. Un personaje importante. Me pareció que la noticia podía interesarle, señor.

Brigitte, Cavanagh y Pitzer miraban al agente de la CIA como si de pronto sus mentes hubieran perdido la facultad de pensar, de razonar en absoluto. El agente pareció un poco desasosegado, mirando de una a otros.

—Bueno, señor, si no desea…

—Dios mío —jadeó Brigitte—… ¿Qué ha dicho usted?

—Que un personaje importante de la nación, el señor Theodor MarshOwen, se ha suicidado en su domicilio. La radio…

—¿Cuándo han dado la noticia?

—Ahora mismo. Bueno, el tiempo de subir a decírselo a ustedes.

—Pero… ¿cómo ha sido? —saltó Cavanagh—. ¿Cómo ha ocurrido?

—No han explicado los detalles, señor. Seguramente, darán más información en el próximo servicio de noticias, o quizá vayan interrumpiendo la emisión normal para ir informando. De momento, todo lo que se sabe es que uno de los empleados de la quinta llamó al FBI, para informar de lo sucedido.

—¿Al FBI? ¿Por qué al FBI?

—Bueno, parece que el señor Marsh-Owen tenía vinculaciones federales, señor.

—¿Qué clase de empleado de la quinta llamó al FBI? —musitó Brigitte.

—Uno de los vigilantes del exterior de la casa. Tenía algo que consultarle al señor Marsh-Owen, entró en la casa, uno de los criados lo acompañó al despacho, y allá encontraron muerto al señor Marsh-Owen, de un disparo en la sien. Tenía una pistola en la mano derecha… Bueno, todo eso. ¿Quiere que esté al tanto de la próximas noticias, señor?

—No creo que haga falta —dijo apaciblemente Brigitte—… Hay radio en las habitaciones, Simón.

—Ah, claro. Bueno, si no desean nada…

—Nada —le sonrió Baby—. Gracias por su interés.

El agente de la CIA sonrió extrañamente a Brigitte, y salió de la habitación. En ésta reinó el silencio más absoluto durante unos segundos. De pronto, Brigitte se acercó a los mandos de la radio empotrada en la cabecera de la cama, y los accionó.

—Suicidado —murmuró Pitzer—… ¡Esto parece un sueño!

—Quizá lo sea —dijo Brigitte.

—Pero… es absurdo —mascullό Cavanagh—… ¡Es absurdo e increíble!

—¿Por qué increíble? Es evidente que el señor Marsh-Owen tenía muchos remordimientos de conciencia, mucho de qué arrepentirse, y finalmente, decidió acabar con su canallesca vida. Esto lo entenderán sus amigos, desde luego.

—Pero… Bueno, jamás habría pensado que ese hombre… ¡No lo entiendo! ¡Tenemos que escuchar ampliaciones de esa noticia!

—¿Qué más da, en realidad? —sonrió Brigitte—. Se ha suicidado, eso es todo. Lo que significa que todos nuestros problemas han terminado.

—¡Esto es fantástico! —exclamó alegremente Pitzer—. ¡Es absolutamente fantástico!

—Sí —dijo Brigitte—: absolutamente fantástico.

Este es el final

—¡Zambomba, es fantástico! —aulló Minello—. ¡Nunca he oído nada tan grandiosamente fantástico! ¡Y desde luego, amor de mi vida, eres la persona con más suerte de todo este cochino mundo! ¡Y yo voy a brindar para que esa suerte continúe!

—Buena idea —aprobó Pitzer, alzando también su copa de champaña—… ¡Brindemos por la suerte de Brigitte!

—¡Ya lo creo que sí! —exclamó Simón-Floristería.

También estaban Miky Grogan y Cavanagh, que alzaron sus copas, como los demás, todos mirando a Brigitte, que, como siempre, ocupaba el centro del sofá como si fuese una reina en su trono… Trono que tenía que compartir con Minello, el único que se atrevía a sentarse a su lado, porque, según él, «si se sentaba frente a Brigitte, y le veía las piernas, se ponía nervioso».

—Gracias a todos —alzó su copa Brigitte—… Brindemos por mi suerte, en efecto. Y brindemos por la supresión del plan Spain. Y brindemos por todos los Simones del mundo.

—¡Caramba, muchas gracias en representación de todos! —rió Simón-Floristería—. ¡Les diré a los muchachos que usted ha brindado por ellos, y seguro que en un par de horas, la noticia da la vuelta al mundo!

—Eso pretendía exactamente —sonrió la divina espía.

Bebió, y los demás hicieron lo mismo…, menos Minello, que se quedó con la copa en alto, mirando a Brigitte con los párpados entornados. Ésta se dio cuenta, le sonrió, y preguntó:

—¿Tú no brindas por mis Simones, Frankie?

—¿Eh…? Oh, sí… ¡Zambomba, ya lo creo que sí! ¡A fin de cuentas, yo he sido un Simón varias veces!

—Vaya, Pitzer —dijo Grogan, señalando un grandioso ramo de rosas rojas colocadas en un jarrón elegantísimo—, ¡ése sí es un hermoso ramo! ¡Se ha lucido usted esta vez!

—¿Yo? —masculló Pitzer.

—Claro. ¿No ha traído usted ese ramo?

—No… Debe de haberlo traído él —miró a Simón-Floristería.

—No señor —negó éste—. Como ya era tarde, decidimos enviarle el ramo mañana a Baby… ¿Recuerda que lo comentamos, señor?

—Sí, es cierto. ¡Vaya! ¡Va a resultar que Brigitte compra ahora las flores a la competencia!

—Claro que no —dijo Brigitte—. Creí que me lo habían enviado ustedes, tío Charlie. Ya estaba aquí cuando yo llegué.

—Pues nosotros no lo hemos enviado.

—He aquí otro enigma digno de la agente Baby —dijo Cavanagh —… Aunque seguramente, no será tan sorprendente y apasionante como el del suicidio de Marsh-Owen. Por más vueltas que le doy a la cabeza, no consigo comprender a ese hombre: ¿por qué se suicidaría?

—Sí —dijo Brigitte—, es todo un enigma, desde luego.

—El que me tiene intrigado a mí ahora —dijo Pitzer— es el de la procedencia de esas flores. Quienquiera que se las haya enviado debe de conocer muy bien sus gustos, Brigitte: rosas rojas.

—Pues no tengo ni idea de quién ha podido enviarlas.

Frankie se puso en pie, se acercó al hermoso ramo, y miró entre las rosas. Había un sobre pequeño entre aquéllas. Lo tomó, y fue a entregarlo a Brigitte, que se quedó mirándolo con curiosidad infantil, con un gracioso gesto que hizo sonreír a todos.

—Algún admirador tímido —sugirió Cavanagh.

Brigitte sacó la tarjeta que contenía el sobre. Estaba escrita a mano, en letras mayúsculas. Decía:

> *NOS REUNIMOS UNOS CUANTOS PARA PESCAR, PERO SÓLO CONSEGUIMOS UN PECECILLO DEL QUE NO VALE LA PENA NI HABLAR. ASÍ QUE EN LUGAR DE UN PEZ, LE ENVIAMOS UNAS ROSAS ROJAS… CON NUESTRO AMOR.*
>
> *Los Simones Que Salieron De Pesca*

—Sí —dijo apaciblemente Brigitte—, es de unos admiradores. Es reconfortante constatar que hay gente amable por el mundo.

—En efecto —asintió Pitzer—… ¡Por fortuna, no todos son como

Marsh-Owen y su grupo!

—¿Quieren creer que no consigo quitarme de la cabeza a ese tipo? —masculló Cavanagh, mientras se servía más champaña—. ¡Daría cualquier cosa por resolver este enigma! ¿Por qué se suicidaría?

Brigitte miró a Minello, que, siempre descarado, había sido el único en atreverse a leer la nota del ramo de flores, tras retirarla de entre los deditos de Brigitte.

—Cualquiera sabe —sonrió la espía más astuta del mundo—. ¿A ti se te ocurre alguna solución a este enigma, Frankie?

—No —murmuró Minello.

—¡Pues nos quedaremos sin resolverlo!

Pero Brigitte sonrió de nuevo a Frank Minello, quien, como ella misma, ya tenía resuelto el enigma.

Los dos sabían la verdad sobre el «suicidio» de Theodor Marsh-Owen.

Pero era divertido jugar a los enigmas.

FIN

Notas

[1] Véase la aventura titulada *Canal URSSA*. <<

[2] Véase la aventura titulada *la escuela de la muerte* <<

[3] Véase la aventura titulada *Escucha el llanto de mi corazón*. < <

[4] El Barón Wilhelm von Steinheil, el más eficaz agente secreto de la Abwher en la campaña de África durante la Segunda Guerra Mundial, apareció por primera vez en la aventura titulada *El espía alemán*, donde Brigitte lo conoció y amó. A partir de entonces, von Steinheil, esto es, «Alexandria», como era conocido en toda África, ha aparecido en varias aventuras de Baby. < <

[5] Véase la aventura titulada *Su Majestad Baby*. <<

[6] Personaje que aparece en la aventura titulada *Canal URSSA*. < <